



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

“Evolución de las economías de montaña: El Pirineo aragonés y el caso excepcional del Valle de Tena”

“Evolution of mountain economies: The Aragonese Pyrenees and the exceptional case of the Tena Valley”

Autor/es

Luisa Urieta Gericó

Director/es

Luis Germán Zubero

Facultad de Economía y Empresa
Año 2021

Urieta Gericó, Luisa
Germán Zubero, Luis (dir.)

Universidad de Zaragoza, Facultad de Economía y Empresa, 2021

Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública

Graduado en Economía

Resumen: Este trabajo de fin de grado tiene como objetivo analizar y estudiar el proceso de transición económica de los valles pirenaicos, y más en concreto del Valle de Tena, desde una economía tradicional basada en el sector primario, hacia una economía más diversificada centrada en el turismo como motor de desarrollo. Para ello, se estudian los antecedentes, las ventajas y desventajas competitivas con las que contaba la zona, los cambios en la estructura de población activa y en la demografía. En primer lugar, se comienza analizando cuál ha sido la dinámica general de las economías de montaña españolas, haciendo un estudio de casos por zonas geográficas. Posteriormente, se estudian los cambios en el Pirineo Aragonés, para luego analizar la distinta evolución de las comarcas pirenaicas a lo largo del siglo XX hasta el presente. También se analiza en este punto cuál ha sido el papel de las políticas públicas como instrumento regulador de los cambios. Finalmente, el trabajo se centrará en analizar el caso concreto del Valle de Tena, un valle pirenaico en el que los cambios han venido liderados por el turismo.

Resume: The goal of this final degree project is to analyze and to study the economic transition process of the Pyrenean valleys, and more specifically the Tena Valley, from a traditional economy based on the primary sector, towards a more diversified economy focused on tourism as an engine of development. For this purpose, it studies the antecedents, competitive advantages and disadvantages, and the changes in the structure of active population and in demographics. Firstly, it starts by analyzing what has been the general dynamics of the Spanish mountain economies, doing a case study by geographical area. Subsequently, it studies the changes in the Aragonese Pyrenees, to then analyze the different evolution of the Pyrenean regions throughout the 20th century to the present. It also analyzes at this point the role of public policies as a regulatory instrument of changes. Finally, this work will focus on analyzing the specific case of the Tena Valley, a Pyrenean valley in which changes have been led by tourism.

INDICE

I. INTRODUCCIÓN.....	1
1.1 CUESTIÓN TRATADA EN EL TRABAJO DE FIN DE GRADO.....	1
1.2 RAZÓN DE ELECCIÓN DEL TEMA Y JUSTIFICACIÓN DE SU INTERÉS	2
1.3 METODOLOGÍA SEGUIDA EN EL DESARROLLO DEL TRABAJO.....	2
II. ECONOMÍAS DE MONTAÑA EN ESPAÑA: ACTIVIDADES TRADICIONALES, DIVERSIFICACIÓN Y READAPTACIÓN.....	3
III. TRANSICIONES ECONÓMICAS EN EL PIRINEO CENTRAL ARAGONES.....	9
3.1 ECONOMÍA TRADICIONAL.....	9
3.2 CAMBIOS CON EL SISTEMA CAPITALISTA (Segunda mitad s.XIX- s.XX).....	11
3.3 MIGRACIONES Y PÉRDIDA DE POBLACIÓN. COMPARATIVA ENTRE LAS COMARCAS DEL PIRINEO ARAGONÉS.....	17
3.4 EL PAPEL DE LAS INSTITUCIONES PÚBLICAS EN LOS CAMBIOS SOCIECONÓMICOS.....	20
IV. EL CASO EXCEPCIONAL DEL VALLE DE TENA.....	23
4.1 FINALES SIGLO XIX HASTA 1920: ECONOMÍA TRADICIONAL.....	24
4.2 1920-1970: INTENTO DE REESTRUCTURACIÓN.....	29
4.3 FINALES DEL SIGLO XX E INICIOS DEL SIGLO XXI: IMPORTANCIA DEL TURISMO Y SECTOR SERVICIOS.....	35
V. CONCLUSIONES	40
BILIOGRAFÍA.....	42
ANEXOS	45

I. INTRODUCCIÓN

1.1. CUESTIÓN TRATADA EN EL TRABAJO DE FIN DE GRADO

Este trabajo de fin de grado tiene como objetivo el análisis de los cambios en la estructura económica y productiva en el Pirineo aragonés, así como su impacto social, centrándose en el estudio del caso específico del valle de Tena.

El trabajo comienza con un análisis general de las economías de montaña en España, su modo tradicional de subsistencia y el impacto de la irrupción del capitalismo en las mismas, con la consecuente crisis de las actividades tradicionales, la despoblación de estas áreas rurales y la readaptación de los sistemas tradicionales. Tal y como se verá, la diversificación fue muy desigual por áreas geográficas, tanto en grado de incidencia en la estructura productiva y en la despoblación, como en el tiempo en el que se produjeron los cambios.

Posteriormente, se pasa al análisis más concreto del Pirineo Central aragonés, con el objetivo de entender mejor cuáles han sido las similitudes y las diferencias en la diversificación productiva y en el impacto demográfico en relación con el caso de la comarca del Alto Gállego y del Valle de Tena. Para ello, se hace un análisis por etapas, desde la economía tradicional pasando por los cambios acontecidos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el presente, para luego centrarnos en la distinta evolución de las comarcas pirenaicas aragonesas, muy condicionadas por la heterogeneidad en el desarrollo de infraestructuras o la existencia de ventajas comparativas. La última cuestión que se aborda en este punto es cuál ha sido el papel de las instituciones públicas, intentando analizar cómo han influido en el desarrollo rural de estas áreas las políticas que se han puesto en marcha y las que han estado ausentes.

La última parte, siguiendo esta línea de análisis que va de lo general a lo particular, se centra en el estudio del singular caso que el Valle de Tena presenta en sus diferentes etapas. Este valle pirenaico ha pasado de una economía basada en la ganadería trashumante a una prácticamente terciaria, centrada en el turismo invernal y estival. Este análisis ayudará a comprender por qué ha tenido una evolución demográfica positiva, no tan regresiva como muchos de sus valles cercanos. Finalmente, se pasará a realizar las conclusiones de este trabajo.

1.2. RAZÓN DE LA ELECCIÓN DEL TEMA Y JUSTIFICACIÓN DE SU INTERÉS

Siempre me ha gustado la historia, entender cuál ha sido el papel del pasado para poder explicar el presente. Por otro lado, vivo en el Valle de Tena, y mi familia, tanto materna como paterna, siempre ha estado vinculada a la actividad ganadera, siendo testigo de todos los cambios acontecidos en este sector. Mi abuelo ha realizado la trashumancia, y de la misma forma se vio luego obligado a sustituir el ganado ovino por un ganado bovino. También ha visto la evolución y el desarrollo del turismo, viéndose él mismo empujado a trabajar en este sector, mucho más rentable económicamente y menos duro físicamente que la actividad ganadera. Así pues, conjugando ambas motivaciones, decidí explicar el cambio estructural y la evolución económica y social del Valle de Tena desde su economía tradicional hasta el presente.

Con la ayuda y recomendaciones de mi director del trabajo, Luis Germán Zubero, acoté el tema de estudio, y realicé un análisis previo de la montaña española y del Pirineo aragonés, para entender mejor las diferencias y similitudes entre las áreas, y ver qué es lo que realmente hacía al Valle de Tena excepcional.

1.3. METODOLOGÍA SEGUIDA EN EL DESARROLLO DEL TRABAJO

Para la realización de este Trabajo de Fin de Grado, el método que más he utilizado ha sido la revisión bibliográfica. Inicialmente, recopilé información sobre las economías de montaña españolas basándome en su mayoría en los trabajos de investigación del profesor Fernando Collantes. Posteriormente, para el análisis de las economías pirenaicas y tensinas, he utilizado principalmente libros o artículos de revistas. Una gran parte de estos libros los conseguí en la Biblioteca de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Zaragoza, además de otro en la Facultad de Educación. Por otra parte, para el análisis del Valle de Tena, también he utilizado libros que tenía mi familia, como los de Baldús, Martínez, y Gómez de Valenzuela. En cuanto a los artículos de revista, he podido descargarlos desde repositorios web como Dialnet, Research Web, o Alcorze de la Universidad de Zaragoza. En esta parte del trabajo, también he contado con testimonios orales de vecinos de Sallent de Gállego.

En cuanto a la obtención de datos estadísticos, las principales fuentes han sido el INE o el Instituto Aragonés de Estadística (IAEST), aunque como de muchas variables solo aparecen disponibles datos de años recientes, estos se han complementado con los datos recogidos previamente por otros autores.

II. ECONOMÍAS DE MONTAÑA EN ESPAÑA: ACTIVIDADES TRADICIONALES, DIVERSIFICACIÓN Y READAPTACIÓN

España es un país montañoso, uno de los más montañosos de toda Europa, siendo tan solo superado por Suiza. Según las delimitaciones establecidas en la Ley de Agricultura de Montañana de 1982, un 36 % de los municipios españoles están considerados como Zonas con Agricultura de Montaña (ZAM), lo que supone un 38% de la superficie total del país (Collantes 2004: 23-33). Esta superficie será el objeto de estudio de este apartado (ANEXO 1).

Hasta prácticamente mediados del siglo XX, las regiones de montaña en España tenían una economía basada en estrategias de pluriactividad productiva que se desarrollaban dentro del núcleo familiar. Junto a las actividades vinculadas al campo, se desarrollaban otras de carácter complementario, como es el caso de una manufactura rural de tamaño reducido, servicios de transporte y comercio o la producción de bienes intermedios para su uso en el campo. Sin embargo, el grueso de la economía estaba basado en la actividad agraria, en la que por regla general la ganadería tuvo más peso que la agricultura. El desarrollo de esta última actividad estaba dificultado por las características del terreno montañoso, debido tanto a la inclinación de este, como a la elevada altitud en la que se encontraba, que propiciaba las bajas temperaturas y reducía el posible periodo de cultivo. A su vez, la humedad de estos terrenos también inclinaba más la balanza hacia el sector ganadero, ya que permitía la abundancia de recursos naturales, factor clave para la alimentación del ganado (Collantes 2004: 97-104).

No obstante, debemos puntualizar que dentro de las zonas de montaña españolas existían diferencias regionales, ya que no todas contaban con la misma dotación ecológica. Así pues, la geografía condicionaba en gran medida las opciones productivas, y hacía que no en todas estas áreas la ganadería tuviera un papel protagonista, o si era el caso, no estaba especializada en el mismo tipo de ganado. Aun así, los modelos de explotación en todas ellas eran similares: se trataba de explotaciones pequeñas y de carácter familiar, con utilización de mano de obra no asalariada. La contratación de jornaleros no era muy común, principalmente en la zona norte; solo se recurría al mercado laboral en la medida en la que la familia no fuera capaz de cubrir la demanda de trabajo de la explotación (Collantes 2004: 11,13,117-122).

Mientras en la montaña de la zona norte del país la ganadería fue la actividad principal, la zona sur presentaba una economía agrícola. Por su parte, la montaña interior se

encontraría a medio camino entre estas dos áreas, aunque con predominio del sector ganadero.

En la montaña Norte (que comprende la cordillera Galaico-castellana, la Astur-leonesa y la Cantábrica), y en el Pirineo (navarro, aragonés y catalán), se estima que tan solo un 15% de la superficie agraria se dedicaba al cultivo; se trataba de una agricultura de subsistencia, que tenía el fin de autoabastecer a la población. En cambio, la ganadería sí que tenía un papel relevante. En la montaña Norte, gracias al grado de humedad del terreno, la especie bovina fue predominante, mientras que, en el Pirineo, un poco más seco, la ovina fue más destacada. En ambos casos, no obstante, se trataba de una ganadería extensiva que hacía uso de los pastos de montaña para alimentar al ganado durante el verano y que en los meses de invierno lo estabulaba, en el caso del ganado bovino y parte del ovino, o hacía trashumancia hacia regiones más cálidas y llanas de la propia provincia o región cuando se trataba de ganado ovino (Collantes 2004: 102-105).

Si pasamos a analizar el caso de la montaña Sur, que comprende la Cordillera Subbética y la Penibética, en comparación con la montaña de la zona norte es más seca y cálida, lo que la hacía más apta para la actividad agrícola, que presentaba niveles similares a la media nacional. Se trataba de una agricultura diversificada, con producción de cereal, olivos, viñedos, frutales y algunos tipos de horticultura (Collantes 2004: 106-108).

Por su parte, la montaña interior, focalizada en el Sistema Central y en el Sistema Ibérico, no presentaba ni las condiciones propicias del norte para la actividad ganadera, dado su menor grado de humedad, ni las del sur para la actividad agrícola, debido al clima más frío. Por todo ello, la economía tendió a especializarse en una ganadería ovina extensiva que practicaba la trashumancia hacia las regiones del sur o del levante del país, combinado con un sistema de cultivo de cereales en régimen también extensivo, gracias a la menor pendiente del terreno (Collantes 2004: 108-109).

La economía campesina de montaña era complementada en muchas ocasiones con migraciones de carácter temporal, que tenían el fin de incrementar los ingresos familiares. Por un lado, se centraban en la venta al por menor de mercancías y en la realización de servicios de transporte, pero principalmente consistían en la participación en otros mercados laborales, en los agrícolas en el caso de los hombres y en el servicio doméstico urbano en el caso de las mujeres. En la montaña Norte, parte de estas migraciones se realizaban a América (Collantes 2004: 125-129).

Este fue el sistema productivo que caracterizó a las ZAM en España durante el Antiguo Régimen pero que durante un siglo, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX, se vio reestructurado y reconvertido fruto de la irrupción del sistema capitalista y del progresivo y lento proceso de industrialización, lo que permitió una mayor especialización de los agricultores y ganaderos y una mayor división espacial del trabajo. Sin embargo, al igual que antes, estos cambios no se produjeron de forma uniforme en todas estas áreas.

La industrialización conllevó cambios tecnológicos que provocaron por un lado un efecto de polarización, con la destrucción de actividades económicas tradicionales. En primer lugar, propiciaron la entrada en crisis de la trashumancia del ganado ovino. La lana fue sustituida por otros tejidos, por lo que se produjo una disminución en su demanda, tanto nacional como internacional. A ello, hay que sumar otros factores de oferta, como el aumento de los costes de arrendamiento de los campos en las tierras bajas donde se practicaba esta actividad.

Así pues, la mayor reconversión se dio en aquellas zonas de montaña que habían centrado su actividad en la ganadería ovina extensiva, como en el Pirineo o la montaña Interior. En el primer caso, se optó por aumentar el ganado bovino, así como el porcino y el equino en una menor proporción, mientras que, en el segundo caso, más limitado por la humedad, se intentó cambiar la especialización en lana por la de carne ovina, combinándose al mismo tiempo con el cultivo de cereal de forma extensiva (Collantes 2004: 110-112).

Otro manifiesto del efecto polarización generado por la industrialización fue la desaparición casi total de algunas manufacturas domésticas, que no pudieron competir frente al crecimiento de las fábricas en los núcleos industriales (Collantes 2003: 67).

Por otro lado, la industrialización permitió aumentar el tamaño de mercado de las zonas de montaña, al incrementarse la demanda de productos agrícolas, cárnicos y lácticos en las ciudades, al tiempo que se reducían los costes de transacción. Sin embargo, este efecto difusión no se produjo de forma uniforme, ya que dependía en gran medida de las infraestructuras de transporte, que no mejoraron a la misma velocidad en todas las áreas. Sí que tuvo cierta importancia en el caso de la montaña Norte, donde la red ferroviaria había tenido una mayor expansión. En esta zona, donde el ganado bovino ya tenía más presencia, se produjo una especialización bovina y comenzaron a aparecer las primeras

agroindustrias. Por su parte, la montaña sur reforzó su base exportadora agrícola, con la expansión del olivo, la vid, las frutas y los cítricos (Collantes 2004: 112-115).

A su vez, durante estas etapas iniciales e intermedias de la industrialización, se produjo una progresiva irrupción del pensamiento liberal en España. Una de las medidas más destacadas que se llevaron a cabo fruto de proyectos liberales, fue la privatización de montes comunales, vitales en la economía de montaña. Estos permitían a las familias la obtención de recursos esenciales, tanto de carácter forestal o animal, como de alimentación para el ganado. Es cierto que en las ZAM el proceso fue menor en comparación con la media nacional, pero sí que tuvo relevancia en áreas más agrícolas en las que existía la posibilidad de roturar nuevas tierras, como es el caso de la montaña Sur (Collantes 2004: 129-135).

Con el arranque de la industrialización no solo se produjo una reestructuración de las actividades tradicionales de las economías de montaña, sino que poco a poco también se dio un proceso de diversificación, que se centró fundamentalmente en tres campos.

En primer lugar, en la extracción de productos energéticos o en la producción de energía. Por un lado, durante los primeros años de industrialización, el carbón se convirtió en un recurso energético fundamental para la industria, lo que permitió a comarcas de la montaña Norte, principalmente de la zona asturiana, participar en la industria siderúrgica. Hacia finales del siglo XIX, el arranque de la segunda industrialización hizo que la electricidad se convirtiera en una nueva base exportadora en algunas comarcas de montaña, que aprovecharon el hecho de que sus ríos se encontraran en zonas húmedas y con gran desnivel para producir energía hidroeléctrica, sobre todo en el Pirineo, y posteriormente también en el Norte (Collantes 2003: 69-73).

El segundo de los focos de diversificación productiva fue la propia industria, que se desarrolló gracias al efecto difusión de los núcleos urbanos cercanos. Este fue el caso del Pirineo catalán, que participó de la industria textil catalana, o del Pirineo navarro y la parte oriental de la montaña Norte, que colaboraron con la industria del País Vasco, centrada principalmente en la producción de bienes industriales. Por su parte, la montaña meridional no se vio tan involucrada en este proceso, debido a que se encontraba a mayor distancia de los principales focos de industrialización (Collantes 2004: 149-150).

Aún con todo, la presencia del sector secundario continuó siendo reducida, y hacia mediados del siglo XX tan solo representaba entre un 10 y un 15% en media sobre el total de la economía, frente al 30% de la España no montañosa, aunque fue creciendo en las posteriores décadas (ANEXO 2).

Finalmente, el tercero de los campos fue el turismo. Esta actividad, ligada al sector terciario, empezó a cobrar importancia desde mediados del siglo XX. Sí que es cierto que antes de esta fecha ya había turismo en las zonas de montaña, pero el volumen era reducido y se limitaba más bien a las clases altas, que acudían a balnearios. No obstante, a partir de la segunda mitad del siglo XX, se empezó a generalizar en ellas un turismo de carácter rural, a lo que se unió después un turismo invernal, gracias a que el clima y las condiciones físicas de estas zonas permitieron el desarrollo de actividades de deportes de invierno como el esquí.

Debemos tener en cuenta que estos procesos de diversificación no se dieron ni a la misma velocidad ni con la misma intensidad en todas las zonas de montaña, lo que dio lugar a diferencias geográficas. Esto vino condicionado una vez más por la dotación ecológica, con la presencia de recursos energéticos como el carbón o de otros como la nieve, así como por la posición geográfica, que situaba a las comarcas de montaña en una situación más o menos favorable para beneficiarse de los efectos de difusión de puntos industriales (Collantes 2004: 149-160).

Además, debemos subrayar que en general esta diversificación fue muy lenta, más aún si la comparamos con la del resto del país, ya que en 1960 el porcentaje de población vinculada al sector primario continuaba presentando cifras elevadas (75-80% de la población activa). Fue a partir de la década de 1980 cuando este sector dejó de ser la actividad central de la economía, motivado por dos factores diferentes. En primer lugar, por el surgimiento de nuevas opciones laborales y sectores de actividad que, pese a que se habían iniciado con anterioridad, empezaron a cobrar más protagonismo, como la industria y la minería en un primer momento, y posteriormente el turismo, actividades en las que los habitantes de estas zonas de montaña se convertían en asalariados y que permitieron concebir una simplificación de modelo reproductivo tradicional de montaña. En segundo lugar, otro factor determinante fue la despoblación, que tuvo su auge en la década de 1960, coincidiendo con el proceso de industrialización y gran crecimiento económico en España, y que conllevó el abandono de muchas explotaciones agrícolas, principalmente en el Pirineo y en la montaña Interior, donde entre 1962 y

1999 se abandonaron respectivamente el 70% y el 60% de las explotaciones (Collantes 2004: 89-94 a 168-174).

Cabe destacar que la despoblación que tanto afectó a las ZAM durante la segunda mitad del siglo XX fue mayor en las comarcas que tuvieron un menor proceso de diversificación productiva, tanto en el sector secundario como en el terciario, y que permanecieron por tanto más agrarizadas (Collantes 2003: 80-81). Este fenómeno migratorio fue fruto no solo de los cambios en la estructura productiva, sino que también fue una respuesta al deterioro del nivel de vida que los habitantes de estas áreas sufrieron respecto al resto del país, donde el retraso en los niveles de educación y sanidad, así como de infraestructuras de transporte o falta de comodidades, bienes o servicios comerciales, motivó a sus habitantes a emigrar de sus pueblos en búsqueda de mayores niveles de renta (que en 1970 era en media un 30% inferior al resto del país) y, por ende, de calidad de vida (Collantes 2004: 193-206).

Esta diversificación económica, unida a la despoblación de las comarcas de montaña y al consecuente abandono de muchas explotaciones agrícolas, propició un gran aumento del tamaño medio de las mismas, ya que durante las últimas dos décadas del siglo XX el número de animales con los que contaba cada explotación se multiplicó por dos y la superficie agrícola se incrementó en un 50%. Por otro lado, la despoblación permitió que se incrementara la renta per cápita de estas áreas y se diera una convergencia con el resto del país, ya que las migraciones solían realizarlas las familias con menores recursos (Collantes 2004: 168, 198).

En definitiva, a finales del siglo XX se produjo la culminación del cambio estructural en la economía de montaña que se había iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, en la que las grandes diferencias respecto al modelo tradicional fueron no solo el menor peso de las actividades agrícolas y ganaderas (en función de las zonas geográficas), sino también la nueva organización del trabajo en el mercado laboral, frente al modelo tradicional basado en la asignación dentro del marco familiar. La aparición de distintas actividades secundarias y terciarias permitieron también reforzar la tradicional pluriactividad campesina, combinándose en muchas ocasiones el trabajo agrario con otras actividades.

III. TRANSICIONES ECONÓMICAS EN EL PIRINEO CENTRAL ARAGONÉS

La Comunidad Autónoma de Aragón tiene un total de 82 municipios que pueden ser calificados como ZAM, lo que supone un 40% de la superficie total. Si nos centramos en el Pirineo aragonés, subdividiéndolo por comarcas, en la Jacetania, el Sobrarbe y el Alto Gállego, el 100% de la superficie comarcal es montañosa, mientras que en la Ribagorza lo sería un 94% de la superficie total (Collantes 2004 :24, 25, 28).

En el Pirineo, así como en el resto de las regiones de montaña españolas, la ganadería fue la actividad predominante frente a la agricultura. La explicación la encontramos de nuevo en las condiciones ecológicas, que en este caso aún son más adversas que en el resto de las zonas de montaña de España. En relación con la orografía, la pendiente media es del 24,3% y la altitud de 1.185 m., frente al 16,5% y 1.075, respectivamente, de la media nacional de estas áreas. A este factor debemos sumar el clima del Pirineo aragonés, que puede ser definido como de tipo «Patagoniano Húmedo», caracterizado por un periodo frío que se alarga durante varios meses y da lugar a una temperatura media baja (9,5°C), así como por una humedad marcada por las habituales precipitaciones, en forma de nieve durante los meses de invierno, y los reducidos periodos secos (Pinilla 1995: 28-30).

3.1. ECONOMÍA TRADICIONAL

Como consecuencia de estos factores, las posibilidades de cultivo en el Pirineo aragonés eran muy limitadas y quedaban reducidas al fondo de los valles, en los pueblos y sus alrededores. El terreno no cumplía con los requisitos exigidos para el cultivo del trigo, por lo que en su defecto existía un reducido cultivo de centeno, avena y cebada u ordio, más resistentes al frío, que eran utilizados en parte como pienso y como forraje para el alimento del ganado, y en parte para el consumo (El trigo y el ordio en el Pirineo, 2019). Esta circunstancia obligaba a importar trigo para el consumo de los habitantes desde otras zonas de la provincia oscense como Fraga, Sariñena o Huesca, aunque inicialmente a un coste elevado debido a las dificultades del transporte. Por el contrario, las condiciones sí que eran aptas para el cultivo de la patata, así como de otras plantas hortícolas como las judías, las coles, acelgas o cebollas, pero en ningún caso para el cultivo de frutales, olivo o vid. Así pues, el papel de la agricultura fue de complemento de subsistencia y autoabastecimiento, solo destinándose en ocasiones a su venta a nivel local (Pinilla 1995: 39-43).

A esta producción agrícola para el autoconsumo, debemos sumarle otros dos ejes que articulaban la economía tradicional: la ganadería ovina trashumante y la transformación de algunas materias primas generadas dentro de las propias economías, como la lana.

En la economía pirenaica, las dotaciones ecológicas comentadas anteriormente hacían que su grueso estuviera formado por la actividad ganadera, en su mayoría de ovina, aunque también compartía protagonismo con el ganado bovino, si bien su relevancia era un poco menor. Las ovejas se combinaban también con ganado cabrío de raza pirenaica, tanto de machos para guiar los rebaños como de cabras.

En los meses de verano, el ganado era alimentado en los pastos de alta montaña, que eran aprovechados de forma comunal, y en los meses intermedios de comienzos de otoño y mediados de primavera, en los pastos próximos a los pueblos. En el periodo invernal, las bajas temperaturas obligaban a que se practicara con buena parte del ganado ovino una trashumancia descendente hacia comarcas del Valle del Ebro, zonas de la Tierra Baja o la Ribera, mientras que el resto de las especies, el llamado ganado estante, eran estabuladas y alimentadas con forraje recogido por las familias en los meses de julio y agosto (Pinilla 1995: 127-129). El uso de los pastos comunales estaba recogido en los estatutos de los que disponían las comunidades, donde quedaba regulado todo lo relativo al gobierno de la comunidad y a la administración de los recursos, que se complementaban en ocasiones con ordenanzas municipales por las que se organizaba el aprovechamiento de los pastos estivales (Pallaruelo 1993: 26).

Aunque el ganado bovino tuvo una importancia superior al resto de Aragón, gracias a la mayor abundancia de alimento, tuvo una presencia inferior a la ovina. Los bueyes y las vacas de raza pirenaica eran utilizados para el trabajo, y las últimas también para la obtención de leche, mientras que los terneros se destinaban para carne o para reemplazar animales adultos. La cabaña ovina constituía un aprovechamiento mixto de lana y de carne, y la caprina de carne (Pinilla 1995: 113,135-145).

Podemos hablar también de un ganado de carácter mular que era importado de Francia a través de los valles pirenaicos, donde se realizaba posteriormente su cría para venderse en ferias de la provincia de Huesca, en Castilla, Valencia y Teruel. Esta actividad aumentó en la segunda mitad del siglo XIX, dado el incremento en la demanda de esta especie como animal de trabajo para la roturación de tierras, y constituía una actividad muy rentable para los ganaderos (Pinilla 1995: 113, 146-147).

Una parte de la producción obtenida en esta actividad ganadera se destinaba al consumo familiar o a su venta en mercados de carácter local, pero por otra parte también constituía el grueso de su base exportadora agraria. Este es el caso por ejemplo de la lana, que se exportaba como materia prima para su uso en la creciente industria textil catalana. Existía un sistema de complementariedad agrícola-ganadero entre las comarcas pirenaicas y las zonas del llano aragonesas; mientras las primeras suministraban a las segundas productos ganaderos y abono para el cultivo, las zonas del Valle aportaban productos agrícolas y pastos para el invierno (Pinilla 1995: 130).

Los montes públicos no solo servían como pastos para el ganado, sino que también eran aprovechados para el desarrollo de otras actividades como la obtención de madera. Sin embargo, su desarrollo estaba enormemente dificultado por las malas condiciones de los transportes (lo que encarecía el producto), que en la mayor parte de los casos se realizaban mediante “nabatas” a través de los ríos, como el Cinca en el Sobrarbe o el Aragón en la Jacetania, hasta Zaragoza o Tortosa (Pinilla 1995: 429-432).

Con el fin de obtener ingresos adicionales, la proximidad con Francia permitía practicar el contrabando. Los flujos de intercambios comerciales entre los valles de ambas vertientes eran habituales y los volúmenes eran de cierta relevancia, pero estaban muy dificultados de nuevo por las malas condiciones del transporte, que se hacía con animales de carga, lo que hizo que se mantuviera a una escala más bien pequeña (Herranz 2002: 204-205). Así mismo, esta proximidad con el país galo hacía que los jóvenes, principalmente los “segundones” (aquellos sin acceso a la herencia), realizaran migraciones temporales durante la temporada invernal, entre los meses de abril y octubre, con el fin de obtener ingresos extra y reducir el propio consumo dentro del hogar. En el caso de los hombres, estos ejercían actividades agrícolas, mientras que las mujeres se dedicaban al servicio doméstico (Collantes 2004: 125-128). Estas migraciones de carácter temporal también se realizaban hacia zonas de la Depresión del Ebro, lo que habilitaba también el pequeño comercio entre ambas zonas.

3.2. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA CON EL SISTEMA CAPITALISTA (2ª mitad s.XIX- s.XX)

Las economías de montaña aragonesas escasamente tuvieron importancia en el arranque de la industrialización y en el desarrollo del sistema capitalista en España a mediados del siglo XIX, el cual generó un desigual crecimiento económico espacial; su papel se limitó a ofrecer mano de obra al mercado, así como recursos naturales, principalmente

energía hidroeléctrica (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 55-56). Se comenzó a partir de esta fecha a establecer un nuevo marco de relaciones económicas, con el inicio de las transformaciones del modelo económico tradicional pirenaico y la progresiva quiebra de las bases sobre las que se sustentaba este modelo. Una de las actividades que empezó a ser menos viable fue la asociada a la producción de lana y al sistema trashumante, que constituía la principal línea de especialización (Collantes 2003: 84).

Esta actividad trashumante descendente desde los valles hacia las tierras bajas comenzó su declive a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y se alargó progresivamente hasta 1935, para luego acelerarse en 1950, fruto de varios factores; si bien las comarcas pirenaicas no se vieron tan afectadas como otras de Aragón a la privatización de pastos comunales o a los procesos de roturación de tierras, dado que no era atractivo, sí que lo hicieron los terrenos del llano a los que se acudía mediante la trashumancia, lo que se tradujo en un incremento del precio de arrendamientos de los pastos y, por tanto, de los costes (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 56-59) (Pinilla 1995 : 100-113).

En segundo lugar, se produjo un descenso en los precios de la lana, fruto del aumento de la competencia exterior, que la ofrecía a unos precios inferiores, y del aumento del protagonismo de otras fibras textiles como el algodón, lo que hizo que disminuyera la demanda por parte del mercado francés y de la industria textil catalana, su principal cliente (Pinilla 1995: 100-105, 410-414). A su vez, la manufactura rural de transformación de la lana también se vio prácticamente extinguida fruto de este aumento en la competencia (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 61).

Estos acontecimientos dieron lugar a procesos de reestructuración dentro de la ganadería lanar, dando paso a una progresiva especialización hacia la carne, con la cría y venta de corderos, frente a la anterior de carneros castrados u ovejas, de los que se aprovechaba primero su abundante lana y posteriormente su carne. Lo mismo ocurrió con el ganado caprino, que tendió a aumentar el número de cabritos frente al de machos castrados. Por su parte, el ganado bovino fue ganando peso en la cabaña pirenaica desde el primer tercio del siglo XX, acelerándose su proceso de sustitución del ganado ovino desde finales de los años 50, beneficiado tanto por su buena adaptación a la estabulación en los meses de invierno, como por el aumento en la demanda urbana de su carne y productos lácteos, lo que permitió consolidar una base exportadora ganadera (Pinilla 1995: 123, 133-136, 138-145).

La actividad agrícola también experimentó una reorientación. Por un lado, se produjo un aumento en la producción de forraje para alimentar al creciente ganado bovino estabulado. Por otro lado, como en el Pirineo la actividad agrícola se encontraba alejada del óptimo ecológico por las condiciones orográficas y climáticas, la posibilidad de abastecimiento más barata de cereal hizo que se redujera su superficie cultivada hasta un 29,5% de la que había en 1900 (Lasanta 1989: 128-129). En este sentido, también hay que señalar que entre 1962 y 1999 se abandonaron el 70% de las explotaciones agrarias en el Pirineo, aumentando así el tamaño medio del resto (Collantes 2004: 170).

Tabla 1: Variación en la composición de la superficie total cultivada

	Forrajes	Cereales, barbechos, hortalizas
1957	11.02%	73.7%
1984	73%	27%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Lasanta Martínez, T. (1989) Pp.84,129

El ferrocarril llegó al Pirineo con bastante retraso en relación con el resto del país debido a la accidentada orografía y los altos costes, y es que con excepción de la línea Huesca-Jaca (1893), hasta bien entrado el siglo XX no vio expandida su red ferroviaria, lo que no favoreció su integración en el mercado nacional e hizo que permaneciera relativamente aislado. Esta situación obligó al Pirineo Central a depender en gran medida de los medios tradicionales, debiendo destacar en este punto que aún a finales del siglo XIX, la mayoría de los caminos eran inaccesibles al tráfico de ruedas y quedaban en ocasiones intransitables durante los meses de invierno. La consecuencia inmediata de este retraso en el desarrollo de infraestructuras de transporte fue la mitigación de los efectos de difusión de las zonas industriales cercanas que, pese a que en el Pirineo navarro y catalán tuvieron más influencia de la industria vasca y barcelonesa, en el Pirineo Central fueron más limitados, por lo que sus comarcas fueron precisamente las menos industrializadas de todo el Pirineo (Herranz 2002: 203-207).

Aun a comienzos del siglo XX, la mayor parte de los valles del Pirineo aragonés no contaban con una red viaria que los uniera con el exterior de la cordillera (Baldús 2006: 55). Podemos hablar de un impulso de la mejora de los transportes a partir de la Primera Guerra Mundial, cuando se empezaron a construir carreteras para los automóviles, que vino principalmente motivado por la necesidad de acceso a los recursos hidráulicos para la obtención de energía, que se convirtió en la principal base exportadora. Sin embargo, estas conexiones de carreteras unieron los valles pirenaicos con la tierra baja, pero de forma muy limitada conectaron a los valles entre sí o con la vertiente francesa. Por

ejemplo, hasta 1930, con la construcción de la carretera que unía Boltaña con el Serrablo, no existía comunicación directa entre los valles de los ríos Guarga y Ara (Baldús 2006: 50, 55). Además, en la mayor parte de los casos solo existía una única carretera de conexión, lo que resultaba insuficiente dada la larga extensión de las comarcas; es el caso de los valles del Cinca y del Ésera, que en 1970 solo se unían a través de la carretera Aínsa-Campo (Herranz 2002: 213). Otro reflejo de estos insuficientes esfuerzos es el hecho de que en las comarcas del Sobrarbe y de la Ribagorza un 51% de la población en 1940 no tenía acceso a carretera o a pista, cifra que en los años 60 continuaba siendo elevada (Herranz 2002: 209-214). Solo fue a partir de los años 70 cuando se pudo empezar a hablar de mejora, de forma que este retraso en la red de transportes situó a numerosos municipios en una situación de aislamiento y limitó el desarrollo de ciertas actividades, como la industria o el sector agrario.

No obstante, la mejora de los transportes benefició a algunos sectores económicos, como es el caso de la actividad maderera, que gracias a la construcción de la carretera que unía Jaca con Huesca, así como de la línea ferroviaria entre Jaca, Huesca y Zaragoza, consiguió una reducción de las dificultades asociadas a su desarrollo y de los hasta el momento altos costes. Así pues, durante las primeras tres décadas del siglo XX la producción se pudo incrementar por cuatro y se instalaron algunas serrerías, aunque pese a ello tampoco se puede hablar de una industria transformadora como tal. Tuvo más importancia en Jaca, que en 1950 absorbía más de un 50% de la producción oscense, gracias sin duda al ferrocarril (Pinilla 1995: 429-432).

A su vez, tal y como se ha mencionado anteriormente, la mejora de infraestructuras se vio propiciada por un importante proceso diversificador que se produjo en el Pirineo Central, y que tuvo que ver con el papel que desempeñó el sector eléctrico desde comienzos del siglo XX en estas economías. El emplazamiento de los ríos en comarcas húmedas y de pendientes pronunciadas (la pendiente media del Pirineo es del 25%), favoreció la construcción de centrales hidroeléctricas (Collantes 2003: 73). En todo este proceso, la formación de Eléctricas Unidas de Zaragoza (ERZ) en 1910, creada a partir de la unión de varias empresas zaragozanas, así como la inversión de capital vasco, catalán y madrileño, permitieron que Huesca se convirtiera en la segunda provincia española con mayor producción eléctrica (Germán 1991: 34, 39). La producción energética del Pirineo tenía como fin el abastecimiento energético de la incipiente industria española, siendo sus principales destinos las industrias vascas, barcelonesas y

zaragozanas (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 64). Ya a comienzos de los años 20 encontramos numerosos casos de centrales eléctricas en las comarcas pirenaicas, aunque el gran desarrollo del sector eléctrico fue entre 1940 y 1960, con la construcción de nuevas centrales y un gran incremento en la producción y en la potencia (Germán 1991: 39-45, 85).

En esta misma línea de análisis, también fue destacada la construcción de embalses, cuyo proceso de crecimiento se aceleró en el periodo franquista, a partir de 1950, fruto de proyectos estatales de extensión de regadío y para la producción de electricidad. Las únicas excepciones en las que hubo iniciativa privada fueron los pantanos de Búbal, Lanuza y Jánovas, que no llegó a construirse (Herranz 2002: 216-219).

Los efectos de estas actividades en la economía fueron diversos, pero en general no generaron un gran impulso económico. La construcción de embalses y centrales eléctricas podría haber incentivado el crecimiento de salarios y la demanda de bienes, pero se cubrió en gran medida con trabajadores procedentes de regiones del sur, dado que su carácter temporal no incentivaba a los locales al abandono de las explotaciones (Collantes 2003: 74-75). A su vez, otros efectos indirectos, como la posibilidad de arrastre de otras industrias, fueron muy limitados, y prácticamente quedaron reducidos al caso de la industria electroquímica de Sabiñánigo. Sí que fue, no obstante, una actividad dañina para numerosos municipios, que sufrieron procesos de expropiación y se vieron abocados al abandono, como fue el caso de Jánovas, Búbal o Mediano (ANEXO 3), (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 65), (Herranz en Pinilla y Acín 1995: 87).

Ya más avanzado el siglo XX, un nuevo foco diversificador fue el turismo, que ha pasado a convertirse en la principal línea de especialización de las economías pirenaicas. Al igual que en el resto de España, la actividad turística empezó a ganar fuerza en la década de 1960, manteniendo una importancia reducida hasta entonces; existía un turismo de balnearios, así como de actividades de montaña, que había emergido como importante atractivo turístico, principalmente desde la declaración de Ordesa como Parque Nacional en 1918. En 1930 los centros turísticos del Pirineo aragonés eran Panticosa, Ordesa y Benasque, pero la dificultad de los accesos y las deficiencias en el transporte hacían que los usuarios fueran élites sociales, con mayor disponibilidad de medios y de tiempo (Baldús 2006: 57-60). Posteriormente, el incremento de la renta per cápita española y la mejora de los accesos y de los

urbanismos de los pueblos, hicieron que el Pirineo se convirtiera por su entorno natural en un reclamado destino turístico (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 66).

No obstante, debemos recalcar que la implantación turística en el Pirineo fue tardía, ya que en 1955 solo había un total de 16 hoteles, con capacidad para albergar a 638 personas, que se concentraban en Panticosa por el balneario (62%), Canfranc y Sallent de Gállego (31%), Torla y Broto (7%) (Lasanta et al 2007: 162). Además, cabe destacar que no se produjo ninguna gran reconversión industrial a turística, ya que como se ha explicado, con excepción de Sabiñánigo, las comarcas pirenaicas aragonesas no habían tenido un gran desarrollo industrial (Collantes 2004: 162).

En esta expansión del sector terciario jugó un papel muy destacado la construcción de estaciones de esquí, que permitieron además un aumento de las posibilidades de actividad en los meses de invierno, que hasta entonces se veían muy limitadas y obligaban a hacer migraciones de carácter temporal. Desde las primeras décadas del siglo XX, el esquí se había ido introduciendo tímidamente en el Pirineo desde Francia, donde ya había despegado el negocio del esquí, principalmente en la zona de los Alpes. En Aragón encontramos la primera estación de esquí en Candanchú, con antecedentes desde los años 20; a ella acudían las élites sociales de Zaragoza, Pamplona, San Sebastián o Madrid (Baldús 2006: 58), favorecido sin duda por la estación internacional de ferrocarril de Canfranc inaugurada en 1928. Mas adelante, se construyó Formigal en el Valle de Tena (1964), y a ella le siguieron en los años posteriores Cerler en el Valle de Benasque (1970), Panticosa también en el Valle de Tena (1971) y finalmente Astún en el Valle del Aragón (1976). La creación de la Unión Turística del Pirineo en 1965 como organismo para fomentar el turismo en la zona, desempeñó un papel clave en la construcción de estas estaciones de esquí, contribuyendo a la obtención de financiación, a la coordinación de las obras y a su reclamo como destinos turísticos (Fernández et al 1990: 83-91).

Así pues, a partir de 1971, se empezó a incrementar a gran velocidad la oferta de alojamientos turísticos en el Pirineo aragonés, pasando de 5.665 en 1971 a 72.240 en 2008, concentrándose entonces un 76% en los municipios más próximos a las estaciones de esquí (Lasanta 2010: 150). Actualmente, el sector de la nieve genera en Aragón 1.300 empleos directos y 12.000 indirectos, y supone un 33% del producto de nieve en España (Rodrigo, 2020).

3.3. MIGRACIONES Y PÉRDIDA DE POBLACIÓN. COMPARATIVA ENTRE LAS COMARCAS DEL PIRINEO ARAGONÉS.

Podemos decir que, en cierta medida, la expansión del turismo y el surgimiento de estaciones de esquí entorno a los años 70 supuso un freno para el éxodo rural iniciado hacia 1860. La despoblación se había visto ralentizada durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, dado que en 1950 el Pirineo mantenía el 93,53% de la población de 1900 (Lasanta 1989:121), pero aumentó a partir de esta década, resultando en una pérdida de población en los valles pirenaicos del 38% entre 1950 y 1970, al pasar de 24.735 a 15.392 habitantes (Lasanta 2010: 148). No obstante, aunque en el Pirineo las migraciones fueron más reducidas que en otras zonas de montaña españolas, el fenómeno de la despoblación azotó fuertemente al Pirineo durante todo el siglo XX, siendo aún más destacado en el caso del aragonés que en el del catalán o el navarro.

Desde mediados del siglo XIX con la crisis del modelo tradicional, una forma de readaptación y ajuste por parte de buena parte de la población de las comarcas pirenaicas a la nueva situación económica fue la migración a otras áreas en las que empezaban a surgir núcleos industriales en búsqueda de mejores expectativas, principalmente en la provincia de Barcelona y en el País Vasco Marítimo. Así, mientras la población española y de las áreas industriales crecía rápidamente, el Pirineo aragonés no dejaba de perder población en términos absolutos (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 69-74), a lo que hay que sumar el envejecimiento de la población y el abandono de numerosos pueblos durante todo el siglo XX, que hizo que Huesca se convirtiera en la provincia con más pueblos deshabitados, encontrándose prácticamente todos ellos en la montaña (Pallaruelo 1993: 1) (ANEXO 4).

Las diferencias en cuanto a la profundidad e intensidad de su diversificación productiva, así como de desarrollo de infraestructuras, ha resultado en una distinta dinámica demográfica entre las comarcas del Pirineo aragonés. El rasgo común de todas ellas es que a lo largo de todo el siglo XX han perdido población. Sin embargo, la intensidad de esta variación de la población no ha sido igual; el Sobrarbe y la Ribagorza han sido las comarcas más afectadas por este fenómeno, registrando un retroceso extremo (>50%), mientras que en La Jacetania y en el Alto Gállego ha sido un retroceso más moderado (0-50%) (Pinilla y Sáez 2009: 28-29).

Tabla 2

	Variación de la población (%)			
	1900-1950	1950-1970	1970-2000	1900-2000
La Jacetania	-10,10%	-26,14%	-7,14%	-38,3%
Alto Gállego	-7,97%	2,12%	-4,49%	-10,2%
Sobrarbe	-17,90%	-47,92%	-28,40%	-69,4%
La Ribagorza	-24,64%	-35,14%	-28,86%	-65,2%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del IAEST.

En La Jacetania y en el Alto Gállego, había mejores condiciones para el desarrollo económico que en el Sobrarbe o la Ribagorza, no solo por tratarse de regiones más densamente pobladas (ver tabla 3), sino también por su mayor proximidad a ciudades aragonesas, vascas o navarras, lo que les permitió contar con unas mejores dotaciones de transportes y consolidar industrias de transformación y servicios en torno a Jaca y Sabiñánigo. El Valle del Aragón, en La Jacetania, estaba muy bien comunicado desde finales de los años 20 gracias al ferrocarril, mientras que el resto de valles pirenaicos contaban con unas deficiencias en las infraestructuras viarias importantes. Estas diferencias comarcales dieron lugar a que en el Sobrarbe y La Ribagorza sus economías continuaran más vinculadas a actividades tradicionales o a la extracción de energía hidráulica o madera (Herranz 2002: 215-216). Además, mientras las dos comarcas occidentales acogen cuatro estaciones de esquí, de las dos más orientales solo La Ribagorza cuenta con una, Cerler, lo que reduce el turismo en los meses de invierno.

Tabla 3

	Densidad de población (habitantes por km²)								
	1900	1920	1950	1960	1970	1981	2000	2010	2020
La Jacetania	14,53	14,25	13,06	11,39	9,65	9,12	8,96	10,05	9,59
Alto Gállego	9,93	10,00	9,14	9,86	9,33	9,19	8,91	10,97	9,88
Sobrarbe	10,11	10,33	8,30	6,86	4,32	3,22	3,10	3,50	3,40
La Ribagorza	13,86	13,58	10,44	9,43	6,77	5,27	4,82	5,48	4,95

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del IAEST.

En zonas en las que el turismo está basado en el esquí, el coste de oportunidad de trabajar en el sector primario y utilizar mano de obra procedente del núcleo familiar es más elevado. Por ello, en las comarcas en las que este sector tiene más peso (Jacetania y Alto Gállego), el desplazamiento del sector primario ha sido mayor, al tiempo que se ha producido un impacto demográfico positivo, mientras que en comarcas menos vinculadas a la actividad de la nieve (Sobrarbe principalmente y Ribagorza en menor medida), la actividad agropecuaria tiene aún una mayor presencia, al tiempo que las pérdidas de población se han hecho mayores, y se ha tendido hacia un mayor envejecimiento y masculinización de la población (Bernués y Olaizola 2012: 50-51). Es

decir, a la vista de los datos, podemos afirmar que en aquellas comarcas en las que desarrollo del turismo ha sido mayor y las estaciones de esquí han tenido más presencia, el vacío demográfico ha sido menor (ANEXO 5).

Tabla 4

	Población ocupada por sectores de actividad (%)				
	Sector Primario				
	1887	1960	1981	2001	2018
Jacetania y Alto Gallego	80%	69%	18%	6%	5%
Sobrarbe	84%	86%	49%	17%	13%
La Ribagorza	84%	90%	48%	18%	15%
	Sector Secundario				
	1887	1960	1981	2001	2018
	Jacetania y Alto Gallego	9%	19%	37%	29%
Sobrarbe	7%	8%	19%	23%	19%
La Ribagorza	7%	5%	27%	25%	16%
	Sector terciario				
	1887	1960	1981	2001	2018
	Jacetania y Alto Gallego	11%	12%	45%	65%
Sobrarbe	9%	6%	32%	60%	67%
La Ribagorza	9%	5%	25%	57%	69%

Fuente: Collantes (2004) para 1887-2001. Elaboración propia a partir de datos del IAEST según datos de la Tesorería General de la Seguridad Social para 2018.

En los últimos años del siglo XX este retroceso demográfico ya no ha venido explicado por la emigración, sino por el envejecimiento de la población. No obstante, se está observando un cambio de tendencia, ya que durante la primera década del siglo XXI las cuatro comarcas citadas experimentaron un crecimiento demográfico positivo y muy rápido, para luego decrecer en un promedio del 6,77% desde el 2010 hasta el presente, aunque el crecimiento demográfico de estos veinte años ha sido positivo (7,61%), lo que hace interpretar que las comarcas pirenaicas han conseguido poner fin a su declive demográfico. Este cambio en la tendencia con respecto al siglo XX viene principalmente explicado porque la tasa migratoria ha sido positiva, lo que ha permitido compensar ampliamente las tasas de crecimiento vegetativas negativas. Las comarcas de montaña del Pirineo han pasado de ser emisoras de emigrantes a ser nuevos focos de atracción, en un gran porcentaje de población extranjera, aunque también de inmigrantes interiores (Pinilla y Sáez 2009: 33-37, 43, 48, 52, 59).

Tabla 5	Variación de la población (%)		
	2000-2010	2010-2020	2000-2020
La Jacetania	12,12%	-4,50%	7,08%
Alto Gállego	23,14%	-9,97%	10,87%
Sobrarbe	13,17%	-2,95%	9,82%
La Ribagorza	13,64%	-9,66%	2,66%
PROMEDIO	15,52%	-6,77%	7,61%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del IAEST.

En definitiva, cabe destacar que las peores dotaciones de infraestructuras de transporte, así como de servicios básicos o comodidades, hicieron que las corrientes migratorias fueran más intensas en las comarcas de montaña orientales (Sobrarbe y Ribagorza) que en las occidentales (La Jacetania y Alto Gállego). Además, esos retrasos no solo les situaron en una situación de aislamiento, sino que también dificultaron la diversificación de sus actividades económicas tradicionales a lo largo del siglo XX, encontrando ya diferencias entre los años 60 y 80 (tabla 4). De esta forma, las comarcas con un menor peso del esquí, presentan una tendencia demográfica más negativa.

3.4. EL PAPEL DE LAS INSTITUCIONES PÚBLICAS EN LOS CAMBIOS SOCIECONÓMICOS

El papel de las instituciones públicas en las economías pirenaicas se puede calificar como ausente. Si bien entre 1910 y 1975 el Pirineo fue destino de inversiones estatales, su impacto no fue demasiado positivo. Por un lado, se construyeron nuevos tramos de carreteras, pero se limitaron a mejorar los accesos con la tierra baja y no facilitaron las conexiones entre los valles o con Francia. El papel de la Administración en materia de inversiones se centró más bien en la ampliación de regadíos (Baldús 2006: 50), lo que dio lugar a que se construyeran por iniciativa estatal numerosos embalses y obras hidráulicas en el Pirineo, que supusieron la desaparición de varios pueblos y la ocupación de amplias superficies de terrenos de labor (Herranz 2002: 218, 223).

Con esta política pública en infraestructuras, la administración reflejó su aceptación de la despoblación como algo inevitable, y su papel de carencia se manifestó no solo en las insuficientes compensaciones a los habitantes afectados por estos proyectos hidráulicos (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 75), sino también en la inevitable salida de población, proceso que se aceleró en las décadas de los años 50, 60 y 70 debido a que numerosos pueblos que quedaron aislados y alejados de los centros urbanos, encontrando muchas

dificultades para diversificar y desarrollar su economía, así como un gran deterioro del nivel de vida (Herranz 2002: 216, 223).

En cuanto a otras políticas activas que mejoraran la situación de las zonas de montaña, hasta los años 70 se ha carecido de ellas (Pinilla en Pinilla y Acín 1995: 94). Es solo a partir de esta década, aunque principalmente desde la segunda mitad de los años 80, cuando puede empezar a apreciarse un cambio en la postura de las políticas públicas, al frenar los procesos de construcción de embalses, mejorar las dotaciones de servicios básicos e incrementar los esfuerzos para mejorar la conectividad de la red de carreteras, principalmente la conexiones entre los valles a través de los “Ejes Pirenaicos”, que los unen en sentido este-oeste (Herranz 2002: 221-223). Es también a partir de los años 80 cuando podemos empezar a ver cambios normativos, con la Ley de Agricultura de Montaña de 1982, que tenía como principales objetivos el desarrollo socioeconómico sostenible, la protección de los recursos naturales, el impulso del turismo y un mayor tejido empresarial. Además, tras la incorporación de España en la Unión Europea en 1986, las políticas de desarrollo rural iniciadas por la Administración Central se vieron ampliadas, a las que siguieron después otras emprendidas por los Gobiernos Regionales y las Diputaciones Provinciales. Así pues, entre 1981 y 2001 el Pirineo Aragonés fue destino de más de 162 millones de euros en materia de políticas públicas de fomento del desarrollo rural (Laguna y Lasanta 2007: 30, 33, 34, 45).

Entre las políticas más destacadas encontramos la Política Agraria Común (PAC), en la que participan la Unión Europea y la Administración Central, y que supuso en esos años el 57,6% de la inversión rural. Dichas ayudas se agrupan en dos tipos, unas orientadas a la inversión y mejora de las explotaciones agrarias, y otras de política de precios y mercados, basadas en la concesión de primas a los productores, o en ayudas directas como la Indemnización Compensatoria de Montañana, que han tenido más relevancia que las destinadas a inversiones. Estas políticas han resultado ser muy positivas en cuanto al mantenimiento de los censos ganaderos y del número de explotaciones, siendo las principales perceptoras las de ganadería extensiva, que han podido crecer en tamaño, resultando más competitivas y viables en términos económicos. En esta línea también ha habido otras ayudas como el Cese Anticipado, cofinanciadas con los fondos FEOGA europeos y con el Programa de Desarrollo Rural del Gobierno, con el fin de favorecer la renovación generacional y el aumento en la viabilidad de las explotaciones agrarias (Laguna y Lasanta 2007: 33-35, 43, 45).

Por otro lado, encontramos medidas de apoyo para la actividad turística, con iniciativa en la administraciones autonómica y provincial. Por ejemplo, la DGA reguló en 1986 el uso de la Vivienda de Turismo Rural (VTR), con el fin de evitar grandes desequilibrios entre municipios y promover un desarrollo turístico menos estacional, más rural y sostenible, en las zonas menos afectadas por las estaciones de esquí. A su vez, la Diputación de Huesca elaboró en 1989 el Plan de Turismo Verde, mantenido hasta 1996, con ayudas dirigidas a la rehabilitación y comercialización de alojamientos, con el mismo fin que la política anterior. También ha habido ayudas europeas a través de los programas Leader, con efectos positivos en el impulso de actividades económicas y formación de redes locales de desarrollo rural (Collantes 2004: 226-227), Docup o Interreg, financiados con fondos FEDER, así como medidas de cohesión social a cargo del Fondo Social Europeo. También ha habido subvenciones incluidas en los Incentivos Regionales, concedidas por el Gobierno Central para fomentar la inversión productiva y la actividad empresarial (Laguna y Lasanta 2007: 33-35, 45).

Sin embargo, todavía queda trabajo por delante en materia de políticas públicas. No es suficiente con ayudas parciales en un sector productivo, es necesario invertir en infraestructuras, especialmente en la comarca del Sobrarbe, que es la que peores accesos tiene en todo el territorio aragonés (Herranz 2002: 222); también en servicios públicos, sobre todo sanitarios, educativos, culturales y turísticos, así como en infraestructuras de telecomunicaciones que mejoren las redes de conexión a Internet, muy relevantes en la actualidad. Sería conveniente descentralizar su gestión en la medida de lo posible (Rubio 1989: 165), y es que no olvidemos que los pueblos pirenaicos no han dejado de perder poderes en la gestión y regulación de sus propios recursos, con la supresión de antiguas instituciones como las Juntas o las Cofradías, pasando con ello a tomarse las decisiones en centros alejados (Lasanta 1989. 124).

En definitiva, durante la mayor parte del siglo XX, la Administración simplemente se limitó a secundar o incluso a reforzar el vacío demográfico del Pirineo (Herranz 2002: 220). Posteriormente, las ayudas públicas dirigidas al desarrollo rural han contribuido al mantenimiento de población y de ganado en el Pirineo Aragonés, así como al desarrollo del sector servicios, la dinamización del turismo y al incremento de la renta per cápita. No obstante, hay que subrayar que la influencia de estas ayudas ha sido bastante moderada, ya que el principal factor que explica la evolución del medio rural en las últimas décadas es el desarrollo turístico (Laguna y Lasanta 2007: 29, 43, 46).

IV. EL CASO EXCEPCIONAL DEL VALLE DE TENA

El valle de Tena, objeto de estudio de este apartado, debemos entenderlo como el área que comprende desde la frontera con Francia de El Portalet hasta el puente de Santa Elena, donde el valle orográfico del río Gállego se abre (ANEXO 6). Constituye el territorio norte de la comarca Alto Gállego, tras la denominación establecida en la Ley de Comarcalización de Aragón de 1993, siendo la capital de la misma Sabiñánigo, y encontrándose entre medio de ambas zonas la Tierra de Biescas, áreas que siempre han presentado cierta unidad al tener un devenir histórico común (Acín 2003: 63).

El valle agrupa a un conjunto de pueblos, con sus correspondientes términos municipales, que a lo largo de la historia han constituido una unidad administrativa y de organización en torno al uso de bienes comunales, entre los que destacan los puertos (Pallaruelo 1993:9)¹. En este sentido, en el caso del Valle de Tena podemos hablar de una singular organización administrativa que se mantuvo vigente hasta 1836 bajo la existencia de los denominados “quiñones”, que administraron tradicionalmente el valle y que estaban configurados por el Quiñón de Sallent al norte, formado por Sallent y Lanuza, el Quiñón de Panticosa al oeste, que agrupaba a Panticosa, Hoz de Jaca y El Pueyo de Jaca, y finalmente el Quiñón de La Partacua, que comprendía los municipios de Tramacastilla, Sandiniés, Piedrafita, Búbal, Saqués y Politura (estos dos últimos abandonados en el presente). Los quiñones, administrados por la Junta General del Valle de Tena, tenían potestad normativa y podían dictar normas o estatutos en relación temas de interés general del valle, normalmente relativos a la gestión de los pastos u otros recursos mancomunados, así como prácticas de interés común o delimitación de fechas de uso (Gómez de Valenzuela 2006: 41-48) (Lasanta 1989: 72).

El Valle de Tena ha sido en su historia beneficiario de diferentes favores reales como pago por los servicios de sus habitantes en guerras transfronterizas, recogidos en los Privilegios del Valle de Tena, y que permitieron al valle gozar de concesiones de pastos o exenciones de impuestos por el uso de montes y paso de ganado (Guillén 2013: 32).

¹ Cfr. Pallaruelo Campo, S. (1993). Pp.9 En este sentido Pallaruelo habla de que donde había un extenso patrimonio comunal de pastos para administrar, aparecía el valle como entidad. Donde no los había, no había entidades con el nombre de valle.

4.1. FINALES DEL SIGLO XIX HASTA 1920: ECONOMÍA TRADICIONAL

La economía tradicional tensina viene articulada en torno a tres ejes, la ganadería como pilar fundamental, la madera y la artesanía e industria. Se trataba de una organización encaminada a conseguir el autoabastecimiento y perpetuar las estructuras socioeconómicas (Lasanta 1989: 119).

El ganado ovino de raza Churra Tensina era el más destacado. Su predominio frente al resto de especies se debía a su posibilidad de realizar la trashumancia, lo que permitía garantizar la suficiencia de pastos durante todo el año, dado que los puertos únicamente podían alimentar a una cabaña elevada en verano, pero no había recursos herbáceos suficientes para mantener niveles altos todo el año (Lasanta 1989: 67-68).

La ganadería ovina seguía un ciclo marcado por las estaciones; la trashumancia se realizaba entre los meses de noviembre y principios de mayo. Solo en algún caso excepcional los ganaderos del Valle de Tena eran propietarios de las tierras a las que se dirigían (Guillén 2013: 33); en la mayor parte de los casos los tensinos debían arrendar los pastos, y lo hacían en la Depresión del Ebro, en zonas del Bajo Aragón- Caspe, en municipios como Chiprana, así como en Bujaraloz y Sariñena (comarca de Los Monegros), Sástago (comarca Ribera Baja del Ebro), Zuera o Almudévar y Guerra, a los que se desplazaban a través de cabañeras. Una vez regresaban al valle, el ganado permanecía en pastos próximos a los pueblos, hasta que hacia finales de mayo o principios de junio se esquilaba a las ovejas. Posteriormente, los meses de verano ascendían a los puertos de montaña, donde permanecían hasta finales de septiembre, para luego en octubre regresar a los pastos bajantes e iniciar de nuevo la trashumancia en noviembre². Todo este sistema venía favorecido por la existencia de una mano de obra abundante y barata dentro de otra institución social, la “casa”, donde cada miembro (familiar o criado) desempeñaba un papel delimitado y jerarquizado (Lasanta 1989: 73). A su vez, para su buen desempeño se constituían “compañías de pastores”, representadas por el ganadero con mayor número de ovejas (Acín 2003: 158).

Las fechas de entrada y salida en los puertos, la vigilancia de los pastos, la sanción de las infracciones o los usos de majadas, abrevaderos y caminos, estaban regulados por la Junta, así como otras muchas disposiciones (Pallaruelo 1993: 26). Por ejemplo, en el caso del Quiñón de Panticosa quedaba recogido que el aprovechamiento en las zonas

² Testimonio oral de Pedro José Gericó del Cacho, vecino de Sallent de Gállego.

más altas de los puertos se debía hacer con grandes rebaños, dado que la corta duración del periodo vegetativo obligaba a consumir la hierba en un reducido periodo de tiempo (Lasanta 1989: 72-73). Otro ejemplo de regulación lo encontramos en Sallent de Gállego, donde se recogían claramente los usos del suelo, diferenciados en dos hojas: una compuesta por la zona de Baladrías y Articalengua y otra por la Selva, el Cantal y Tres Sarratos, de forma que un año una hoja permanecía en barbecho y se destinaba al pasto, al tiempo que la otra se cultivaba, alternándose al año siguiente (Lasanta 1989:107). A su vez, el número máximo de cabezas de ganado que podía subir a los puertos también estaba fijado a fin de evitar la sobreexplotación y el agotamiento de los pastos; por ejemplo, en los pueblos del Quiñón de la Partacua que acudían al puerto de Escarra, cada vecino solo podía subir 750 animales. Estos límites obligaban no solo a renunciar a arrendar pastos a forasteros y obtener así ingresos para las arcas municipales, sino que también empujaba a algunos ganaderos a tener que acudir a Francia con su ganado sobrante (Gómez de Valenzuela 2006: 124-126, 132).

Pero además del claro dominio del ovino, la cabaña ganadera tensina estaba compuesta por otros animales. Cada casa contaba normalmente con entre una y cuatro vacas de raza pirenaica, que se utilizaron hasta mediados del siglo XIX como animales de tiro, para pasar luego a destinarse únicamente al consumo familiar de carne y leche y a la venta de algún ternero en las ferias de otoño de Sallent y Biescas. En cuanto a los sementales, estos eran propiedad del Ayuntamiento de cada pueblo, ya que su elevado coste de compra y mantenimiento hacían inviable la posesión privada (Baldús 2006: 160-162, 166, 168). Cada familia contaba también con unos dos cerdos, que compraban a “gorrineros” del valle del Baztán y recriaban para destinar su carne al autoconsumo (Baldús 2006: 169-170). Complementaban la cabaña algún caballo o yegua, unos pocos asnos, así como unas cuantas cabras o animales de jaula como conejos y gallinas.

La ganadería permitía obtener ingresos por diferentes vías. Por un lado, se centraba en la carne, siendo un negocio rentable la venta de corderos y borregos a carnicerías zaragozanas. Por otro lado, era destacada la producción de lana, así como su transformación, principalmente en el quiñón de Panticosa y en la zona de Biescas que, pese a que tradicionalmente se había destinado a fines domésticos, comenzó a exportarse a Zaragoza y a Pamplona desde mediados del siglo XVII (Gómez de Valenzuela 2006: 132-137). No obstante, esta manufactura rural ya tenía un carácter residual en la segunda mitad del siglo XIX, ya que además de no poder competir con la

industria moderna, que la ofrecía a unos costes menores, estaba muy limitada por las condiciones de aislamiento de la zona (Pinilla 1995: 61).

Otro negocio bastante rentable era la cría de mulas, que se empezó a desarrollar a partir del siglo XIX. Los tensinos acudían a Francia, a las ferias de Pau, Arudi y Nabarrens, donde había una oferta muy superior a España, y compraban mulas (“lechales”) de unos seis meses que posteriormente criaban y domaban hasta los cuatro años, para luego venderlas a tratantes en la feria de Huesca, Biescas o Jaca, dada su alta demanda para roturar tierras en la zona del Ebro, o con destino a Guadalajara o Asturias, para la minería (Baldús 2006: 143-147). Además, cada familia disponía normalmente de uno a dos “machos”, que se utilizaban como animales de tiro en las tareas agrícolas, para el transporte humano o para “acarrear” las cargas de hierba, que se recogía entre los meses de junio y julio como forraje para alimentar al ganado que permanecía estabulado (Guillén 2013: 4, 13, 14). Reflejo de este negocio es el hecho de que se construyera en 1910 el “Corral de las Mulas”, cerca de la frontera con Francia, o la existencia de un censo de unas 400 mulas en torno a 1920 (Baldús 2006: 143, 146).

Tal y como se ha explicado anteriormente, el Valle contaba con órganos con capacidad normativa. Entre las actividades que reglaban, se encontraban la mayor parte de los servicios municipales, como tiendas, hornos, tabernas, molinos, educación y sanidad. Para ilustrarlo con un ejemplo, en Tramacastilla de Tena la regulación de la carnicería establecía que esta debía ser explotada cada año por una casa del pueblo, mientras que el resto estaban obligadas a contribuir en su abastecimiento en la proporción que estimaban que iban a consumir, con el fin de garantizar el sacrificio de los animales viejos y el consumo de carne fresca (Lasanta 1989: 71-72).

Otro aspecto que regulaba la Junta era el aprovechamiento de los recursos comunales, que desempeñaban un papel fundamental en la actividad económica, ya que proporcionaban no solo pastos en las épocas estivales, sino también otra serie de recursos como la madera. Esta era utilizada en la construcción de edificios y para su venta en el exterior, lo que permitía destinar obtener ingresos para el pago de servicios comunitarios como la escuela o la sanidad o para mejorar las infraestructuras municipales. También recogían normativas relativas al uso de la leña, que se utilizaba para cocinar y como calefacción; por ejemplo, en el caso de Sallent de Gállego, cada vecino tenía derecho a un “pilon” de leña al año, que se obtenía el 1 de junio de forma comunal y tras secarse se sorteaba entre los vecinos el 1 de septiembre (Lasanta 1989:

61-63). Adicionalmente, se aplicaban normativas respecto a la recolección de hongos o frutos silvestres, a la pesca y a la caza, buscando siempre evitar una sobreexplotación de los recursos y garantizar el nicho ecológico (Baldús 2006: 257).

Otras formas de gestión las encontramos en las limpiezas o reparaciones de los caminos y puentes, así como otras tareas de interés colectivo, como la construcción de muros y paredes, la reparación de cequias, empedrado de las calles o limpieza de la nieve en invierno, que se hacían mediante la denominada “cooperación vecinal”, por la que el Ayuntamiento llamaba “a jornal” a hombres de todas las casas del pueblo a realizar, de forma obligatoria y sin compensación económica, estas labores diversas (Guillén :4,6).

Por su parte, la agricultura tenía un papel muy escaso en la economía tradicional; se limitaba a pequeños campos en los que predominaba el cultivo de centeno, y a huertos familiares para el autoabastecimiento con la cosecha de bisaltos, nabos, coles, cebollas, guisantes, lentejas y judías, mientras que el espacio agrícola destinado a los cultivos forrajeros era reducido.

El cultivo de trigo era escaso, por lo que se debía acudir a la importación de tierra llana y a ultrapuertos para su obtención, así como para otra serie de alimentos como el aceite, el vino o la sal (Gómez de Valenzuela 2006:113-114, 140). Es decir, las relaciones comerciales se limitaban a la compra de esos productos que no podían ser generados dentro del propio valle, ya fueran alimentos o productos manufacturados como telas, pues las dificultades de los intercambios motivaban el autoabastecimiento. No obstante, también había ventas, ya que los excedentes ganaderos eran productos de intercambio (Lasanta 1989: 120), por ejemplo, se vendía queso a la zona de Barbastro (Acín 2003: 88), así como la madera (Baldús 2006: 234) y algún cultivo como la patata (Guillén 2013: 37). Se vendía la lana a los laneros de Huesca o a Francia³, así como ganado (ovino, terneros y mulas) en operaciones realizadas a través de intermediarios o “tratantes”, que los vendían luego en tierra baja (Guillén 2013: 14,37).

Los intercambios de personas y servicios entre las fronteras francesa y española eran habituales, tratándose en muchas ocasiones de operaciones de contrabando para evitar declarar los productos en las aduanas que había en Sallent y en Panticosa. Los bearneses realizaban con frecuencia servicios de artesanía, de sastrería o de serrería de la madera, mientras que los tensinos cruzaban con ganados y mercancías o con el fin de trabajar

³ Testimonio oral de Pedro José Gericó del Cacho, vecino de Sallent de Gállego.

temporalmente en Francia (Gómez de Valenzuela 2006:117, 118, 133, 139, 140, 144), haciéndolo entre los meses de octubre y mayo, para participar en la construcción de obras públicas, como jornaleros en la campiña o como pastores (Baldús 2006: 214). El principal objeto de los intercambios era el ganado mular, así como bienes de consumo y herramientas que escaseaban o eran caras en España (Baldús 2006: 216), por ejemplo, objetos para el ganado como “esquillas” o cencerros (Guillén 2013: 35). Las migraciones que tenían un carácter más definitivo eran emprendidas por los no herederos, que en el siglo XIX se dirigían a Francia, pero que a partir del siglo XX cambiaron el rumbo hacia las ciudades industrializadas de Cataluña, para trabajar los hombres como obreros y las mujeres como sirvientas (Baldús 2006: 213, 214).

Otras actividades comerciales se realizaban a nivel local, con la compraventa de productos artesanales elaborados por las mujeres, como pan, queso, mantequilla, embutidos de la matacía o jabón, aunque la mayoría de las veces la manipulación de estos alimentos se dedicaba al autoconsumo. Otro producto de artesanía eran las prendas de vestimenta, con el trabajo de la lana para las prendas de abrigo y del lino para otras más delicadas como camisas o sábanas (Baldús 2006: 217-220, 227-230).

Las actividades más específicas que no podían ser desempeñadas dentro del hogar contaban con personas delegadas dentro de los pueblos, que se especializaban en los oficios de herrero, carpintero, sastre, zapatero o pintor (Baldús 2006: 210-212).

Resulta imprescindible entender estas actividades mencionadas como labores interrelacionadas entre sí, y no como actividades independientes. La producción agrícola era necesaria para el mantenimiento animal, pero a su vez era necesaria la colaboración ganadera para su desempeño, tanto por el uso de animales de tiro, como por la obtención de abono o por el pasto de suelos, necesarios para la limpieza y regeneración del mismo. Igualmente, la actividad comercial era necesaria para poder absorber la cría de ganado, así como sus excedentes (Baldús 2006:121-122).

Dentro de este esquema productivo tradicional, debemos hablar de una actividad turística importante que se generó en torno al balneario de Panticosa. Pese a que sus inicios datan de época romana, no empezó a tener relevancia hasta el siglo XVIII, cuando el Quiñón de Panticosa, propietario de los baños, comenzó a arrendarlos. Su expansión durante el siglo XIX, con la construcción de termas y hoteles de lujo capaces de albergar a más de mil quinientas personas, le llevaron a alcanzar el auge entre los

años 20 y 60 del siglo XX, siendo destino vacacional de la alta burguesía aragonesa, catalana, vasca y madrileña (Gobierno de Aragón, s.f.) (*Breve historia*, 2013).

Debemos destacar que en el Valle de Tena existían grandes dificultades de movilidad y transporte, con infraestructuras viarias muy limitadas, poco sólidas y con difíciles accesos. El transporte para carros no era apto en la mayor parte de los caminos, vertebrados a través del Camino Real que atravesaba el valle (Gómez de Valenzuela 2006: 144), de forma que los desplazamientos debían realizarse con machos, que eran el único medio de transporte. Sí que podemos empezar a hablar de una cierta mejora a partir de la carretera que se construyó en el valle a comienzos del siglo XX, así como de la introducción de una línea de autobús en 1930, que permitió la apertura comercial y el incremento en el tráfico de mercancías, muy limitado hasta entonces (Baldús 2006: 158). Aún con todo, hay que subrayar que no se trataba de una economía autárquica, ya que tal y como se ha analizado existía cierta dependencia del exterior, siendo la trashumancia o las migraciones temporales un claro ejemplo de ello.

4.2. 1920-1970: INTENTO DE REESTRUCTURACIÓN

Los cambios más profundos en la estructura socioeconómica los encontramos desde los años 50 (Lasanta 1989:119), si bien a partir de 1920 los cambios ya fueron notables. La crisis de la ganadería y la agricultura coincidió en el tiempo con un intenso desarrollo del sector eléctrico y de la industria, centrada en Sabiñánigo. A su vez, el desarrollo de los transportes dio paso a cambios importantes en las costumbres y formas de vida de los tensinos, ya que la progresiva apertura al exterior permitió la llegada de la influencia del modelo de vida urbano y el incremento de las relaciones comerciales, debilitando el hasta entonces predominante autoabastecimiento (Comás y Pujadas 1985: 54).

A la altura de 1950, la especie predominante dentro de la cabaña ganadera seguía siendo la ovina (21.946 cabezas), que además resultaba en términos absolutos muy superior a la de otros valles vecinos, como el de Hecho (8.245) o Broto (6.140). No obstante, se trataba de cifras muy inferiores a las registradas a comienzos de siglo, cuando autores como Soler I Santaló (1911) estimaban que había unas 50.000 cabezas (Lasanta 1989: 66-67). Entre las causas de este descenso encontramos no solo los cambios económicos explicados en los apartados anteriores, de aumento de costes de los pastos de invernada y reducción de la demanda, sino también cambios en la estructura productiva dentro de la propia familia; el inicio de la actividad industrial en Sabiñánigo y la aparición de

nuevos focos diversificadores, dieron lugar a una escasez de mano de obra barata familiar y al progresivo desmoronamiento de la institución de la “casa”, con lo que el sistema trashumante se volvió inviable (García y Lasanta 2018: 27-29), y fue desapareciendo casi totalmente durante la década de los años 50 (Lasanta *et al* 2007: 158-159). De esta manera, se produjo un efecto bidireccional ya que, si la diversificación económica promovió inicialmente la crisis del sistema trashumante, esto a su vez retroalimentó más la búsqueda de nuevas actividades o la reestructuración interna. Este fue el caso de la ganadería, donde además de producirse una disminución global de la cabaña ganadera, tuvo lugar a una progresiva sustitución del ganado ovino por ganado bovino, en el que se introdujeron nuevas razas, como la parda-alpina, con clara orientación a la obtención de carne (Lasanta 1989:140-150, 175). A su vez, el importante recrió mular desapareció ya desde la década de 1950 (Balcells 1983: 60).

Tabla 6 **Censo ganadero en el Valle de Tena (nº animales)**

	Bovino	Ovino
1950	738	21.946
1960	851	27.909
1970	1.422	10.569
1982	1.181	7.290
1994	1.102	9.685

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Lasanta: 1989 para los años 1950 y 1982 (pp.67, 150) y Lasanta: 2002 para los años 1960, 1970 y 1994 (pp.181)

Otro reflejo del cambio en la composición de la cabaña ganadera lo encontramos en la evolución del cultivo de productos forrajeros para alimentar al ganado. Hasta principios del siglo XX la importancia de estos era muy reducida; es a partir de 1920-1930 cuando podemos hablar de ampliación (Daumas 1976 en Lasanta 1989: 97), coincidiendo con el crecimiento de la importancia del ganado bovino. En la misma línea, se experimentó una reducción de los cultivos para el autoconsumo, debido a que la mejora en los transportes y las comunicaciones favoreció la importación de productos de áreas en las que las condiciones eran más aptas para su cultivo (Lasanta 1989: 119-120).

Tabla 7: Aprovechamiento de las tierras cultivadas en los valles occidentales pirenaicos

CULTIVOS	1957	1984
Cereales	31,10%	16,69%
Hortalizas y frutales	55,84%	12,41%
Forrajes	13,60%	70,90%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Lasanta 1989: 85, 143.

Por otro lado, la reducción en la superficie cultivada también tiene su causa en la construcción de los pantanos de Búbal y Lanuza, que anegaron el 50% de las tierras que se dejaron de cultivar entre 1957 y 1981 en el Valle de Tena (Lasanta 1989: 126-127). De esta manera, la construcción de embalses no hizo sino acelerar el proceso de reducción de los censos ganaderos, pues los embalses ocuparon las mejores tierras de fondos de valle, reduciendo así los recursos herbáceos para el invierno (García y Lasanta 2018: 23). Si bien es cierto que tradicionalmente la superficie cultivada nunca fue muy extensa en el Valle de Tena, y fue inferior a la de otros valles de cercanos como Hecho y Broto, experimentó una reducción a lo largo del siglo XX.

Tabla 8: Superficie cultivada (% sobre la total)			
	1900	1957	1981
Tena	5,66%	4,08%	2,75%
Hecho	25,18%	7,31%	5,41%
Broto	14,81%	5,74%	4,57%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Lasanta 1989:128-129

En este proceso de reestructuración el sector eléctrico jugó un papel fundamental; a partir de la década de 1920 empezó a tomar importancia el sector eléctrico en Aragón, y en el caso de Valle de Tena, la combinación de fuertes pendientes y de dotación de recursos eléctricos de carácter hidráulico, hizo que ya desde estas fechas se empezaran a construir las primeras centrales hidroeléctricas, como la de Panticosa, situada en la zona del balneario y gestionada por la sociedad zaragozana Aguas de Panticosa S. A. Posteriormente, la gestión de los recursos hidráulicos en el valle pasó a manos de la sociedad barcelonesa Energía e Industrias Aragonesas S. A. (EIASA), que adquirió las concesiones de Aguas de Panticosa e inició la construcción de otras centrales, como la de Biescas (1921), Baños de Panticosa (1927) y El Pueyo de Jaca (1927). Más adelante, entre las décadas de los años 40 y 60, continuó la instalación de otras centrales en torno a Sallent (2) y La Sarra (2), también gestionadas por EIASA, así como el incremento en la potencia y producción de las ya instaladas. No se construyeron más hasta 1977, cuando entró en funcionamiento la central de Lanuza (Germán 1991: 51-53,74,186).

Gracias a la posibilidad de aprovechamiento de esta energía eléctrica, Sabiñánigo se empezó a consolidar como polo industrial, instalándose en 1921 la primera de las fábricas de la industria electroquímica (industria intensiva en consumo energético) que se desarrolló en el municipio, y que se convirtió en una de las más importantes e

innovadoras de todo Aragón. Sin duda, este fenómeno de localización industrial se produjo gracias al abastecimiento energético abundante y barato de las centrales del valle (Collantes 2003: 78, 85) (Acín 2003: 213, 214). Es preciso subrayar que este aprovechamiento energético dentro de la propia comarca constituye un fenómeno excepcional, ya que en otras comarcas vecinas la energía era exportada a otras zonas (gracias al desarrollo de la tecnología que permitía transportarla grandes distancias), por lo que no se produjo este desarrollo industrial. Por otro lado, debemos destacar la existencia de ferrocarril en Sabiñánigo desde 1893 como otro importante factor de localización industrial (con el que no contaban otras comarcas como el Sobrarbe o La Ribagorza), un medio de transporte muy competitivo para el abastecimiento de materias primas y para la exportación de la producción local (Acín 2003: 213).

Tal y como se ha indicado, en el valle de Tena también fue relevante la construcción de embalses, encontrando los de Búbal (1971) y Lanuza (1977), construidos por EIASA en colaboración con el Ministerio de Obras Públicas (Herranz 2002: 218) con el fin de producir energía hidroeléctrica y abastecer de agua al llano para el riego. Se produjo así una despoblación “forzosa” de un total de 404 habitantes de Lanuza, Búbal, Saqués, El Pueyo de Jaca y Polituara, que tuvieron un poder de negociación prácticamente nulo en estas obras hidráulicas (Herranz en Pinilla y Acín 1995: 87), y no tuvieron otra opción más que emigrar al perder uno de sus factores productivos más importantes, la tierra.

Podemos decir que esta dotación de recursos energéticos favoreció positivamente la diversificación de la economía tensina, y también comarcal. También generó varios efectos demográficos en distintas direcciones, a parte de los ya mencionados como consecuencia de los pantanos. Por un lado, propició el desarrollo demográfico de la comarca Alto Gállego ya que, gracias a la industria de Sabiñánigo, el municipio acogió a parte de la despoblación de los pueblos del Valle de Tena y de las zonas de la Guarguera y de Caldearenas, cuyos migradores recondujeron sus destinos y dejaron de dirigirse hacia el Cataluña, el País Vasco y Zaragoza, tal y como venía sucediendo desde finales del siglo XIX (Acín 2003: 214). Con ello, este municipio creció de forma acelerada desde comienzos de los años 20, consiguiendo más que duplicar su población en tan solo dos décadas, al pasar de los 750 habitantes en 1920 a 1768 en 1940 (ver tabla 9). No obstante, esta situación hizo que numerosos municipios dentro de su área de influencia quedaran despoblados o a punto de hacerlo entre los años 50 y 70, como es el caso de Aineto, Laguarda o Gésera, entre muchos otros (Rubio 1989: 120-121).

Por otro lado, también generó corrientes migratorias positivas dentro del valle, ya que el incremento en la demanda de obreros para la construcción de las presas y centrales hidroeléctricas propició que en algunos municipios como Sallent aumentara la población con la llegada de un gran número de trabajadores, procedentes en su mayoría de Andalucía (Baldús 2006: 23). Así pues, en 1950 los registros censales sitúan la población de Sallent en 1.319 habitantes, frente a los 551 de 1940 (ver tabla 9).

Tabla 9: Evolución de la población en municipios de la comarca del Alto Gállego

	1900	1920	1940	1950	1960	1981 ⁴	1991	2000	2010	2020
Sabiñánigo	280	750	1768	2885	6184	9538	9917	8483	10383	9185
Hoz de Jaca	160	142	154	136	113	94	86	77	71	73
Sallent de G.	626	561	551	1319	530	1142	1823	1053	1542	1477
Panticosa	606	599	602	753	556	749	1005	709	819	800
Biescas	1475	1812	1093	1716	1079	1279	1142	1294	1634	1474

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE para los años 1900-1991 y del IAEST para los años 2000-2020.

El desarrollo del turismo se produjo principalmente como consecuencia del desarrollo de la red de transportes. Hasta 1930 las infraestructuras eran bastante limitadas y precarias y es que, hasta después de la Guerra Civil, cuando se finalizaron las obras del Puerto de Monrepós, Sabiñánigo no contó con una comunicación directa por carretera con Huesca; era necesario desplazarse hasta Jaca y de allí a Puente la Reina para continuar por el Puerto de Santa Bárbara (Baldús 2006: 55-58). No obstante, tal y como se ha indicado, sí que había desde 1893 conexión por ferrocarril, con el paso por Sabiñánigo de la línea que comunicaba Zaragoza con el Alto Aragón y Francia, a través del valle de Canfranc.

Mientras el balneario de Panticosa continuaba como foco de atracción turística en el valle, se empezó a fomentar a partir de los años 30 un turismo de carácter rural, motivado por la inauguración en 1928 de la conocida como “La Tensina”, una línea de autobús que recorría los pueblos del valle y llegaba a Sabiñánigo, construida gracias a la iniciativa privada de algunos habitantes del valle. Esto fomentó las comunicaciones y aumentó los desplazamientos de los tensinos a centros comerciales como Jaca o Huesca. A su vez, motivó que habitantes de Huesca y Zaragoza acudieran al Valle de Tena en

⁴ En 1981, Sallent incorpora en su término municipal a Lanuza, Escarrilla, Sandiniés y Tramacastilla de Tena, y Panticosa incorpora a El Pueyo de Jaca. Piedrafita de Jaca (en el Valle de Tena), se incorpora a Biescas.

verano, alquilando en los primeros años habitaciones dentro de las propias casas de los habitantes de los pueblos, dada la escasez de alojamientos hoteleros (Baldús 2006: 59, 77, 78). Con ello, ya podemos empezar a hablar en este momento de diversificación, aunque moderada, de la actividad económica hacia el sector terciario, ya que comenzó a crecer la motivación de algunas familias de crear alojamientos turísticos para incrementar la escasa oferta existente hasta el momento.

A su vez, ya desde los años 20 se empezó a gestar en el valle la tradición por el esquí alpino, gracias a que en 1912 un clérigo francés, Ludovic Gaurier, introdujo las primeras tablas hechas de madera en una visita a la familia Fanlo de Sallent, y que posteriormente se reproducirían por carpinteros sallentinos. En 1925 se fundó el Formigal Esquí Club, y a partir de ahí empezó a crecer la afición por este deporte, llevando a muchos jóvenes a competir y a ejercer de profesores en las estaciones españolas pioneras, como La Molina, Nuria o Candanchú. Sin embargo, no fue hasta 1964 cuando se inauguró en el valle la primera de sus dos estaciones, Formigal, gracias a la iniciativa privada de un grupo de amigos de Zaragoza y Huesca, que constituyeron la sociedad *Formigal S.A* (entre los que destacan Ramón Sainz de Varanda, Ramón Torrente, Federico Laguna, Ignacio Bosqued o Teodoro Ríos) con capital de varias cajas aragonesas y entidades donostiaras (como el Grupo Sansirenea) y zaragozanas, así como de los propios vecinos del valle, entre los que sobresalen Ángel Franca, alcalde de Sallent en aquel momento, Antonio Fanlo o Juan Miguel Bergua. Con ello, se inició en los años posteriores la expansión hotelera iniciada con el Hotel Formigal en 1967, a la par que la estación invernal crecía (Martínez 2007: 25-27, 238-239, 241-245). En Panticosa, donde el esquí llegó un poco más tarde, la estación se inauguró en 1971, gracias a la promoción del Ayuntamiento de la localidad y de la empresa Panticosa Turística S.A., que terminó siendo absorbida por la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, que también absorbió Formigal (Fernández et al 1990: 90-91).

Tal y como expone el alcalde de Sallent en 1963, Ángel Franca Martón, existía en la zona una gran necesidad de orientar las actividades del valle hacia el turismo, tanto de verano como de invierno, dado que la crisis del sistema ganadero, por su dureza y falta de rentabilidad, estaba empezando a generar la emigración de algunos vecinos. Así pues, la estación de esquí se veía como una nueva oportunidad para la diversificación económica hacia los servicios hoteleros y deportivos y para resolver estos problemas económicos y sociales mencionados (testimonio recogido en Martínez 2007: 233-237).

A la par de estos cambios económicos se produjeron cambios en la organización social y política del valle. Si hasta el momento las casas más poderosas de cada pueblo, aquellas que habían tenido mayor patrimonio y tradición ganadera, habían controlado los asuntos políticos (de una forma que podríamos calificar como caciquil), a partir de estos años su grado de control comenzó a desintegrarse. Otras muchas tradiciones, como la transmisión de la institución de la “casa” al heredero de forma indivisible, dejó de mantenerse de forma tan arraigada, debido a que los nuevos descendientes no dependían del patrimonio familiar para el desempeño de sus actividades, dando paso al fraccionamiento de las herencias y de las explotaciones agrícolas. También se produjo una progresiva descolectivización, se perdieron costumbres relacionadas con la gestión municipal, como los trabajos de colaboración vecinal, que pasaron a convertirse en actos voluntarios o a desempeñarse por empleados municipales (Guillén 2013: 6-8).

4.3. ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XX E INICIOS DEL SIGLO XXI: IMPORTANCIA DEL TURISMO Y SECTOR SERVICIOS

A mediados de la década de 1970, el proceso industrial situado en torno a en Sabiñánigo entra en crisis, y su crecimiento económico y demográfico tocan techo (Acín 2003: 74), y lo mismo ocurre con la construcción de obras hidráulicas. Ambas actividades dejan de tener un carácter pionero y excepcional, y a partir de la esta década va ganando impulso el turismo de nieve que se inicia en la década de los 60. Con ello, la oferta turística pasa a ser de carácter biestacional, los picos se registran en invierno, con el turismo ligado a la actividad del esquí, y en verano, con un turismo más orientado a la realización de actividades de montaña, así como al ocio y al descanso estival. La demanda turística en primavera y en otoño es reducida, lo que favorece la contratación de carácter temporal.

El gran desarrollo del sector turístico en el Valle de Tena debemos situarlo en la década de los 80. Si analizamos la distribución de la población activa por sectores de actividad en Sallent de Gállego, vemos que, en 1981, el porcentaje dedicado a los servicios aún resultaba inferior a la mitad de la población (45,4%), mientras que otros municipios con estaciones de esquí, esta cifra resultaba muy superior, como es el caso de Canfranc (90,9%), Benasque (62,9%) o Castiello de Jaca (61,2%). Más bien, Sallent se situaba a la par de municipios menos influido por el esquí, como Aínsa (45,5%) o Bielsa (45,6%),

lo que nos indica que el sector primario aún seguía arraigado con fuerza y que el cambio estructural se produjo de forma lenta y progresiva a lo largo del siglo XX⁵.

También podemos ver el periodo central de desarrollo de estos cambios en la estructura productiva analizando la evolución del número de plazas de alojamiento turístico, ya que solo entre el año 1970 y el año 2000, la oferta de alojamientos turísticos en los principales municipios del valle más que se duplicó, al pasar de 2226 a 5552 plazas en el caso de Panticosa (crecimiento del 149,42%), y de 4655 a 10477 en el caso de Sallent de Gállego (crecimiento del 125,07%)⁶.

Desde su constitución, tanto Formigal como Panticosa no han dejado de ampliar su superficie esquiable, y con ello el número de turistas. Esta expansión se ha venido produciendo principalmente desde el año 2002, cuando ambas estaciones se integraron junto con otras en el grupo Aramón, una entidad participada al 50% por el Gobierno de Aragón y por Ibercaja, que en 2014 pasaron a venderse como un único complejo invernal, Aramón Formigal-Panticosa, convirtiéndose con ello en la estación con más kilómetros esquiables en España, con un total de 176 km, lo que le ha llevado a situarse como una de las estaciones líderes a nivel nacional.

Así pues, los cambios estructurales se han venido acelerando desde los años 80, con el gran desarrollo del sector terciario, que aglutina en el presente a más del 90% de los ocupados, y el detrimento de las actividades agropecuarias.

Tabla 10: Población ocupada por sectores de actividad (%)

	Sallent de Gállego		Panticosa		Hoz de Jaca	
	2010	2019	2010	2019	2010	2019
Agricultura, ganadería y pesca	1,42%	1,04%	1,75%	1,14%	12,50%	20,00%
Industria y energía	0,39%	0,58%	1,40%	1,52%	0,00%	0,00%
Construcción	3,48%	1,45%	6,47%	4,00%	12,50%	6,67%
Servicios	94,72%	96,93%	90,38%	93,33%	75,00%	73,33%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del IAEST según datos de la Tesorería General de la Seguridad Social.

Los municipios del Valle de Tena no han dejado de perder animales en términos absolutos desde finales del siglo XX (ver tabla 4.6) y comienzos del XXI, así como

⁵ Datos obtenidos a partir de Lasanta 1989: 126, con fuente Anuario de Estadística 1981.

⁶ Datos obtenidos a partir de Lasanta, Laguna y Vicente-Serrano 2007, calculados a partir de la suma de camas que dan las estadísticas oficiales en hoteles, apartamentos, albergues y viviendas de turismo rural, 5 por cada segunda residencia y 0,1 por cada plaza de camping.

número de explotaciones. En el caso de Panticosa, entre 1970 y 2008 el número de unidades ganaderas mayores (UGM) pasó de 1.109 a 637, y en Sallent, siguiendo la misma dinámica, de 3.331 a 1.038 (Lasanta 2010: 155). En los últimos años, esta tendencia descendente se ha mantenido, afectando principalmente al ganado ovino.

Tabla 11: Evolución reciente del nº de animales y explotaciones del Valle de Tena

	BOVINO				OVINO			
	Nº explotaciones		Nº animales		Nº explotaciones		Nº animales	
	2013	2020	2013	2020	2013	2020	2013	2020
Sallent de Gállego	16	14	1.047	881	7	2	463	210
Panticosa	5	4	337	261	8	7	1.935	1.801
Hoz de Jaca	2	1	132	95	6	-	2.731	-
TOTAL	23	19	1.516	1.237	21	9	5.129	2.011

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de censos de distribución municipal de ganadería del Gobierno de Aragón.

Con el surgimiento del esquí, la ganadería a tiempo a tiempo parcial se ha convertido en una práctica habitual y se combina con actividades del sector servicios. Se busca diversificar los ingresos y complementar las rentas familiares de una actividad que si se desarrolla de forma aislada no tiene prácticamente viabilidad económica, lo que ha permitido así mantener la actividad ganadera en el valle de Tena. Si analizamos el caso de Sallent de Gállego en el presente, de los 16 ganaderos con los que cuenta el pueblo, 13 trabajan de forma complementaria en invierno en la estación de esquí, bien en labores de mantenimiento, bien como profesores de esquí. Solo 3 se dedican a la ganadería a tiempo completo⁷. No obstante, es evidente que, aunque puede haber una complementación entre ambas actividades, hay un gran efecto desplazamiento de la ganadería por parte del turismo debido al coste de oportunidad que tiene seguir vinculado al sector primario en una zona en la que el turismo está basado en el esquí (Bernués y Olaizola 2012: 50-51). Si lo analizamos desde otra perspectiva, la posibilidad de complementariedad también ayuda a la capitalización y a la continuación de las actividades agrónomas, ya que la disminución del número de explotaciones es menor en las zonas donde hay una actividad adicional que complete los ingresos del sector primario (Rubio 1989: 163), tal y como ocurre en el Valle de Tena.

Junto con el esquí, se ha desarrollado una oferta complementaria de actividades que permiten mantener el turismo en otras épocas del año. Por ejemplo, hay una gran

⁷ Datos facilitados por José Antonio Urieta, ganadero y profesor de esquí de Sallent de Gállego.

variedad de actividades acuáticas (kayak, barranquismo, canoas, etc.), así como otras de aventura, con numerosas empresas recreativas que ofertan tirolinas, parapentes, escalada o expediciones de montaña. También destaca el parque faunístico de Lacuniacha, inaugurado en 2001 en Piedrafita de Jaca, con gran afluencia de visitantes. A su vez, también es relevante el Festival Pirineos Sur, un festival de música y cultura que se realiza todos los meses de julio desde 1994 en Sallent de Gállego y Lanuza.

Si bien inicialmente el valle de Tena perdió población por la construcción de embalses y por el paso de una economía de autoabastecimiento a una economía de mercado, en la que las influencias de la sociedad de consumo motivaron los movimientos migratorios campo-ciudad (Balcells 1983: 55-56), sin duda en las décadas posteriores a los años 60 las estaciones de esquí y el turismo permitieron estabilizar a la población de los pueblos tensinos. Estos registraron un vacío demográfico y un envejecimiento poblacional inferiores a otros municipios vecinos, más alejados de los principales ejes de comunicación y con menor implantación turística. A modo de ejemplo, si analizamos el caso de Ansó y de Sallent de Gállego, pueblos con características similares a comienzos del siglo XX, vemos que entre 1900 y 1960 ambos tienden a perder población (46,09% y 25,14%, respectivamente), pero a partir de esa fecha presentan una evolución opuesta, mientras que entre los años 60 y el año 2000 Ansó registró un vacío demográfico del 37,4%, Sallent mantuvo su población y creció un 1,6% ⁸.

A su vez, el desarrollo del turismo ha dado lugar a una competencia por la mano de obra y por los usos del suelo entre el sector primario y las actividades turísticas, principalmente por los mejores espacios, aquellos situados en los fondos del valle y en las proximidades de los pueblos, que se ha resuelto a favor de las segundas (Lasanta 2002: 187-188). Esta insuficiencia de espacios o medios para acoger a un volumen elevado de ganado vacuno se ha resuelto en los últimos años con el arrendamiento de pardineras por parte de algunos ganaderos tensinos en zonas del Prepirineo, donde el ganado permanece en los meses de invierno.

Entre los aspectos positivos de este nuevo motor productivo basado en el turismo del esquí, se encuentra una mejora de las infraestructuras y de la red de servicios (Lasanta et al 2007: 157). En el caso del Valle de Tena, tras la apertura de Formigal, el Ministerio de Información y Turismo se encargó de la construcción de una nueva carretera de

⁸ Cálculos realizados a partir de datos del INE.

acceso a lo largo del mismo, lo que supuso una gran mejora respecto de la anterior (Fernández et al 1990: 89). En los últimos años, la red de carreteras y los accesos al valle han continuado mejorando, principalmente gracias la culminación en marzo de 2019 del trazado de la autovía A-23 del puerto de Monrepós. No obstante, es necesario mejorar todavía algunos tramos, como el trayecto de la N-330 entre Sabiánigo y Lanave, que aún no tiene proyecto para su reconversión en autovía (Lacasta, 2019).

Sin embargo, también ha traído nuevos problemas; el turismo ha incrementado el precio del suelo, y con ello el coste de adquirir una vivienda, lo que dificulta el asentamiento de población nueva o de trabajadores temporales. Por otro lado, la disminución de la actividad ganadera, que ha quedado reducida a unas pocas familias con escasas perspectivas de continuidad, ha supuesto el abandono de numerosas explotaciones, con el consecuente deterioro del patrimonio cultural y paisajístico (crecimiento de la maleza, pérdida de caminos, recursos pastorales, etc.) que eso conlleva. A su vez, el excesivo predominio del sector servicios y la falta de sectores alternativos puede suponer un problema en términos de empleo, ya que se depende en un porcentaje muy alto de factores sujetos a gran variabilidad, como la cantidad y la calidad de la nieve. Durante la temporada invernal 2020/2021 esta gran dependencia del sector servicios se ha puesto de manifiesto de forma extrema debido a la pandemia COVID-19. El freno del turismo a causa de las restricciones de movilidad, con cierres perimetrales entre comunidades y provincias, ha generado un gran descenso en términos de PIB y de empleo en todo el Pirineo de Huesca. Debemos tener en cuenta, además, que salvo el caso de Astún, el resto de las estaciones de esquí del Pirineo aragonés no han podido abrir sus puertas en la temporada 2020-2021 por la falta de clientes y la consiguiente inviabilidad financiera. En el Valle de Tena, el desempleo aumentó vertiginosamente durante los meses de invierno, y el número de personas sujetas a un ERTE, pese a que no hay datos disponibles por municipios o comarcas, también fue elevado.

Tabla 12

Variación interanual del desempleo en Sallent de Gállego (%)				
	Diciembre (19-20)	Enero (20-21)	Febrero (20-21)	Marzo (20-21)⁹
TOTAL	247%	408%	307%	-27%
SERVICIOS	300%	467%	271%	-33%

Fuente: Elaboración propia en base al IAEST según datos del Instituto Aragonés de Empleo.

⁹ En marzo del 2020 ya se empiezan a notar los efectos sobre el empleo, tras el decreto del estado de alarma el día 14.

V. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo se ha podido comprobar cómo desde mediados del siglo XIX, con la progresiva irrupción del sistema capitalista en España, la economía tradicional pirenaica se ha ido transformando. Ésta estaba originalmente articulada en torno a la ganadería ovina trashumante, la actividad agrícola de subsistencia, la manufactura doméstica y las migraciones temporales. Posteriormente, se han ido produciendo cambios progresivos en la estructura productiva, que se han ido orientando principalmente hacia el sector terciario desde los años 60, que ha ganado importancia en el último cuarto del siglo XX.

El Valle de Tena y la comarca del Alto Gállego son un buen reflejo de estos cambios; la llegada del capitalismo supuso un cambio en sus estructuras tradicionales, que entraron en una grave crisis y se vieron obligadas a reorientarse y a diversificarse hacia nuevos sectores si no querían el hundimiento económico y social. Hay que destacar que su economía ha registrado un mayor grado de diversificación que otras comarcas cercanas a lo largo del último siglo y medio, gracias a la industria y a la actividad hidroeléctrica en un primer momento, que permitieron reforzar las estrategias de pluriactividad agraria, y al turismo y a la actividad del esquí posteriormente. Es precisamente este mayor grado de profundidad de los cambios y la complementariedad entre un sector industrial y un sector servicios, lo que hacen que se trate de un caso de diversificación productiva excepcional en el Pirineo. La mayoría de los habitantes ya no tiene el sector ganadero como su principal actividad productiva, y los que siguen vinculados al mismo lo hacen cada vez de un modo más complementario y no a tiempo completo. El valle se dedica ahora al turismo y al esquí, proporcionando los servicios que este sector demanda.

También se ha analizado el fenómeno de la despoblación, que puso de manifiesto las dificultades y dureza de vivir en un medio tan hostil, en el que las comodidades y las infraestructuras de transporte eran muy precarias. Las economías de montaña no pudieron adaptarse durante la primera mitad del siglo XX a las nuevas condiciones de mercado, y es que tanto su entorno natural como su modelo económico se lo impidieron. No resulta difícil entender los motivos que llevaron a numerosas familias a desprenderse de toda su herencia cultural y material para buscar un futuro mejor.

En el Valle de Tena, el esquí y el turismo han resultado ser un motor de desarrollo positivo para el mantenimiento de la población, comprobándose como en aquellos

municipios en los que el sector ha tenido más presencia, la evolución demográfica ha sido más positiva. Por el contrario, en otras comarcas pirenaicas como el Sobrarbe o la Ribagorza, que tuvieron mayores dificultades para introducir cambios en su estructura económica, han tenido peores dotaciones de infraestructuras y, al encontrarse más alejadas de las estaciones de esquí, han mantenido una mayor presencia del sector primario, los niveles de despoblación y envejecimiento han sido mayores.

Se ha abordado también el papel que las instituciones públicas han ido desempeñando a lo largo de esta evolución de las economías de montaña. Los inicios del capitalismo, con las reformas agrarias y sus procesos de roturación y privatización, resultaron un factor clave para dismantelar la trashumancia. Si a ello sumamos entre 1920 y 1970 el retraso en el desarrollo de infraestructuras respecto al resto del país, la promoción de la construcción de embalses o la ausencia de políticas activas para fomentar el desarrollo rural por parte de las distintas administraciones públicas, nos lleva a concluir que colaboraron en aumentar este fenómeno migratorio. Sin embargo, a partir de los años 80 empezaron a actuar en positivo, ya no dejaron que fueran únicamente las fuerzas de mercado las que intervinieran, consiguiendo con ello un reequilibrio.

Pese a que muchas familias del Valle de Tena han optado por abandonar paulatinamente la ganadería y dirigir sus inversiones hacia el sector turístico, todavía subsiste una base agrícola y ganadera. Cabe reflexionar sobre la importancia de mantener estas actividades, con el fin no solo de mantener población en la zona, sino también de evitar el deterioro ecológico que esto supondría. En este sentido, el papel que juegan las instituciones públicas es esencial, dado que un gran número de explotaciones pirenaicas subsisten gracias a los fondos de la PAC, que les permiten equipararse en cierta medida a sus semejantes de otras áreas, pues los elevados costes y las dificultades del terreno para el desarrollo de estas actividades en la montaña, harían que de lo contrario fuera prácticamente inviable su continuidad. A su vez, existe una necesidad de invertir en infraestructuras y servicios (sanidad, educación y suministros básicos) en todas estas áreas rurales.

Así pues, en un mundo cada vez más globalizado, el futuro de las economías de montaña pasa por su capacidad de integración en el mercado, el apoyo del exterior y de las instituciones públicas, la correcta gestión de sus recursos y la diversificación de sus fuentes de ingresos, para evitar problemas como los acontecidos durante la crisis de la pandemia del coronavirus.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Acín Fanlo, J. L. (coord.) (2003): *El Alto Gállego*. Ed. Gobierno de Aragón. Colección Territorio, 3. Zaragoza.
- Baldús Múgica, M. (2006): *Recuerdos de Sallent. La vida en 1930: últimos años de la etapa tradicional*. MB Editores, Sallent.
- Bernués Jal, A. y Olaizola Tolosana, A. (2012): “La ganadería en los Pirineos: evolución, condicionantes y oportunidades” en Lasagabaster Herrarte, I (coord.) *Los Pirineos: geografía, turismo, agricultura, cooperación transfronteriza y derecho*. Universidad del País Vasco, Pp. 29-67.
- Comás, D. y Pujadas, J. J. (1985): *Aladras y Güellas*. Anthropos, Cuadernos de Antropología, Barcelona.
- Collantes Gutiérrez, F. (2004): *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000) ¿Un drama rural?*. MAPA, Madrid.
- Daumas, M (1976): *La vie rurale dans le Haut Aragon Oriental*. CSIC, Madrid.
- Germán Zubero, L. (1991): *Eléctricas Reunidas de Zaragoza (1910-1990). El desarrollo del sector eléctrico en Aragón*. Instituto Fernando el Católico/ Eléctricas Reunidas de Zaragoza, Zaragoza.
- Gómez de Valenzuela, M. (2006): *La vida en el valle de Tena en el siglo XVIII*. Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca.
- Herranz Loncán, A. (1995) “La construcción de pantanos y su impacto sobre la economía y población del Pirineo aragonés” en J. L. Acín y V. Pinilla (coord.) *Pueblos abandonados ¿un mundo perdido?*, Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, pp.79-101.
- Lasanta Martínez, T. (1989): *Evolución reciente de la agricultura de montaña: El Pirineo Aragonés*. Monografías Científicas nº1. Geoforma Ediciones, Logroño.
- Martínez Embid, A. (2007): *El esquí en Sallent: tras las huellas del centenario (II.1920-1950)*. Instituto de Estudios Altoaragoneses y Ayuntamiento de Sallent de Gállego, Huesca.
- Pallaruelo Campo, S. (1993): *Pirineo aragonés (Colección Cuadernos de la Trashumancia nº6)*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación e ICONA, Madrid.
- Pinilla Navarro V. (1995): *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- Pinilla Navarro, V. (1995) “Crisis, declive y adaptación de las economías de montaña: una interpretación sobre la despoblación de Aragón” en J. L. Acín y V. Pinilla (coord.) *Pueblos abandonados ¿un mundo perdido?*, Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, pp. 55-78.

Pinilla Navarro, V. y Sáez Pérez, L. A. (eds.) (2009): *Tendencias recientes en la evolución de la población de las comarcas aragonesas. El problema de las comarcas demográficamente regresivas (2000-2007)*. Centro de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales, Zaragoza.

Obras en formato electrónico

El trigo y el ordio en el Pirineo (2019, 25 de junio). Clima Norte.
<https://cimanorte.com/el-trigo-y-el-ordio-en-el-pirineo/>

Guillén Calvo, J.J. (2013): *Actividades tradicionales del Valle de Tena en el pasado*. Disponible en; <https://studylib.es/doc/5063072/las-actividades-tradicionales-del-pasado-en-el-valle-de>

Gobierno de Aragón (s.f.) *Balneario de Panticosa*. Recuperado el 29 de mayo de 2021, de <http://www.patrimonioculturaldearagon.es/bienes-culturales/balneario-de-panticosa>

Breve historia del Balneario de Panticosa (2013, 27 de febrero). Zaragoza Club Odisea.
<https://zco1999.wordpress.com/2013/02/27/breve-historia-del-balneario-de-panticosa/>

Lacasta, Verónica (2019, 10 de diciembre). *Cuellos de botella*. Heraldo de Aragón.
Recuperado el 13 de junio de 2021 de
<https://www.heraldo.es/noticias/opinion/2019/12/10/cuellos-de-botella-1348135.html>

Rodrigo, J.L. (2020, 8 de diciembre). *¿Qué porcentaje representa la nieve de Huesca en España?*. Radio Huesca. Recuperado el 10 de junio de 2021, de
<https://www.radiohuesca.com/economia/la-nieve-aragonesa-en-cifras-01122020-147346.html>

Vaquero, M. (s.f.) *Valle de Tena*. Recuperado el 15 de junio de 2021 de
<http://www.deciencias.net/casa/paginas/valletena.htm>

Revistas

Balcells, E. (1983): “Evolución socio-económica reciente de tres comunidades comarcales pirenaicas y destino actual de las superficies más productivas de su demarcación”. *Cuadernos de Investigación Geográfica*, Vol.9, pp.41-82.

Collantes Gutiérrez, F.(2003): “Energía, industria y medio rural: el caso de las zonas de montaña españolas (1850-2000)” *Revista de historia industrial*, 23, pp.65-93.

Fernández Gárate, L.A, Fernández-Trapa de Isasi, T., Fernández-Trapa de Isasi, J (1990): “Esquí en los Pirineos. Historia para un futuro sin fronteras (II)” *Estudios Turísticos*, nº105, pp.79-100.

García Ruiz, J. M., Lasanta, T. (2018). “El Pirineo Aragonés como paisaje cultural”. *Pirineos*, nº173, e038. <https://doi.org/10.3989/pirineos.2018.173005>

Herranz Loncán, A. (2002): “Infraestructuras y desarrollo económico en el Pirineo central (1850-2000)” *Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº2, pp. 197-226

Laguna Marín-Yaseli, M., Lasanta Martínez, T. (2007): “Balance de las políticas públicas en el desarrollo rural del Pirineo Aragonés”. *Boletín de la A.G.E*, n.º 43, pp. 29-49

Lasanta Martínez, T. (2002): “Los sistemas de gestión en el Pirineo central español durante el siglo XX: del aprovechamiento global de los recursos a la descoordinación espacial en los usos del suelo”. *Ager: Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo rural*, nº2, pp.173-195

Lasanta, T., Laguna, M., Vicente-Serrano, M. (2007): “Variabilidad espacial de los efectos socioeconómicos de las explotaciones de esquí alpino en los municipios rurales del pirineo aragonés”. *Pirineos*, nº162, pp.155-176.

Lasanta Martínez, T. (2010): “El turismo de nieve como estrategia de desarrollo en el Pirineo Aragonés”. *Cuadernos de Investigación Geográfica*, nº36 (2), pp.145-163.

Rubio Benito, M.T. (1989): “Emigración y cambio de actividad en el Pirineo” *Espacio, tiempo y forma. Serie VI, Geografía*. Tomo 2, pp.155-168

ANEXO 1: Mapa de las comarcas de montaña españolas



Fuente: Collantes Gutiérrez, F (2004) Pp.32

Este mapa agrupa todas las comarcas españolas que poseen al menos un 75% de terreno que puede ser calificado como ZAM, según los criterios pautados en relación a altitud y pendiente por la Ley de Agricultura de Montaña de 1982.

ANEXO 2: Distribución de los ocupados por sectores (%)

Cuadro 2.2.
Porcentaje de ocupados en el sector primario

	1860	1887	1960	1981	1991	2001
Total montaña	79	85	82	41	28	16
España no montañosa	65	67	36	14	9	6
<i>Norte</i>	83	89	83	42	29	15
<i>Pirineo</i>	73	77	68	21	14	9
<i>Interior</i>	74	83	85	41	27	15
<i>Sur</i>	77	83	84	55	39	25
Galaico-castellana	86	90	92	53	35	14
Astur-leonesa	82	89	78	37	27	16
Cantábrica oriental	78	86	81	34	24	13
Pirineo navarro-aragonés	74	81	81	23	17	10
Pirineo catalán	71	73	55	18	12	7
Ibérica norte	66	81	84	36	22	14
Central	75	83	83	39	24	13
Ibérica sur	75	83	88	47	34	19
Subbética	78	84	82	53	40	27
Penibética	76	82	88	59	38	21

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1962; 1966; 1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Cuadro 4.3. La industria en las economías de montaña

	Nivel aproximado de industrialización por habitante (Total montaña=100)				Empleo industrial		
	1933	1951	1972	1989	%	Índice 2001, 1981=100	
Total montaña	100	100	100	100	16	15	92
España no montañosa		519	413	304	27	18	102
<i>Norte</i>	63	89	94	104	13	13	83
<i>Pirineo</i>	400	353	368	276	31	21	73
<i>Interior</i>	87	76	34	37	16	16	109
<i>Sur</i>	21	19	16	23	8	12	174
Galaico-castellana	0	97	37	7	9	11	84
Astur-leonesa	51	43	62	38	9	9	86
Cantábrica oriental	206	181	277	402	32	24	80
Pirineo nav.-aragonés	150	211	257	407	30	23	83
Pirineo catalán	685	510	469	157	32	19	65
Ibérica norte	138	135	59	45	26	30	109
Central	74	54	19	33	13	11	105
Ibérica sur	81	77	44	41	15	19	114
Subbética	16	5	21	34	9	15	187
Penibética	33	50	6	0	7	8	139

Fuente: Collantes (2003b: 78) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Cuadro 4.4. Porcentaje de ocupados en el sector terciario

	1860	1887	1960	1981	1991	2001
Total montaña	14	8	7	28	37	51
España no montañosa	21	16	35	49	55	64
<i>Norte</i>	11	7	7	25	35	50
<i>Pirineo</i>	17	11	11	34	45	55
<i>Interior</i>	17	10	6	29	38	51
<i>Sur</i>	15	9	6	29	37	47
Galaico-castellana	9	6	5	22	32	49
Astur-leonesa	10	6	8	27	37	52
Cantábrica oriental	16	10	5	24	34	48
Pirineo navarro-aragonés	17	10	8	36	43	53
Pirineo catalán	16	12	13	33	46	57
Ibérica norte	22	12	5	28	37	44
Central	18	11	8	33	42	56
Ibérica sur	14	8	5	23	31	44
Subbética	15	9	7	31	36	44
Penibética	14	9	5	24	39	53

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), CPDES (1963), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

Fuente: Collantes Gutiérrez, F (2004), pp. 88, 153, 154

ANEXO 3:

TABLA 2
NÚCLEOS AFECTADOS POR LA CONSTRUCCIÓN DE EMBALSES

EMBALSE	NÚCLEOS AFECTADOS	
LA PEÑA (1913)	LA PEÑA (H.)	40 habs. en 1910
BARASONA (1932)	BARASONA (R.)	190 habs. en 1920
	CÁNCER (R.)	26 habs. en 1920
	Total	216 habs. en 1920
YESA (1959)	TIERMAS y anejos (P.) . . .	756 habs. en 1950/5 en 1981
	RUESTA (P.)	441 habs. en 1950
	ESCÓ (P.)	253 habs. en 1950/6 en 1981
	Total	1.450 habs. en 1950/11 en 1981
CANELLES (1960)	FET (R.)	90 habs. en 1950
	FINESTRAS (R.)	58 habs. en 1950
	MONFALCÓ (R.)	90 habs. en 1950
	Total	238 habs. en 1950
MEDIANO (1969)	MEDIANO (S.)	92 habs. en 1960/50 en 1981
	COSCOJUELA DE S. (S.) . . .	73 habs. en 1960/26 en 1981
	GERBE (S.)	96 habs. en 1960
	MORILLO DE TOU (S.)	51 habs. en 1960
	ARASANZ (S.)	20 habs. en 1960
	Total	332 habs. en 1960/76 en 1981
EL GRADO (1969)	PUY DE CINCA y anejos (R.)	93 habs. en 1960
	CLAMOSA (S.)	63 habs. en 1960
	CANETO (S.)	9 habs. en 1960
	LIGÜERRE DE CINCA (S.) . . .	58 habs. en 1960
	LAPENILLA (S.)	62 habs. en 1960
	MIPANAS (B.)	75 habs. en 1960
	Total	360 habs. en 1960
BÚBAL (1971)	BÚBAL (J.)	69 habs. en 1960
	SAQUES (J.)	48 habs. en 1960
	PUEYO DE JACA (J.)	146 habs. en 1960
	Total	263 habs. en 1960
LANUZA (1977)	LANUZA (J.)	141 habs. en 1970
JÁNOVAS	JÁNOVAS (S.)	132 habs. en 1960/7 en 1981
	LACORT (S.)	63 habs. en 1960/2 en 1981
	LAVELILLA (S.)	29 habs. en 1960
	Total	224 habs. en 1960/9 en 1981

P.: Prepirineo; J.: Jacetania; R.: Ribagorza; S.: Sobrarbe; H.: Huesca; B.: Barbastro-Monzón.
FUENTE: INE (varios años): Nomenclátors.

Fuente: Herranz Loncán, A. (1995) en J. L. Acín y V. Pinilla, pp.87

ANEXO 4: Pueblos abandonados en la provincia de Huesca en el siglo XX



10 PUEBLOS ABANDONADOS



INTRODUCCIÓN 11

Fuente: Pinilla y Acín (1995), pp. 10, 11

ANEXO 5: Efectos en la despoblación y grado de desarrollo turístico en los municipios más afectados por el esquí

Tablas y gráficos de Lasanta Martínez, T. en “El turismo de nieve como estrategia de desarrollo en el Pirineo Aragonés” (2010). Pp. 150, 151, 154.

Tabla 2. Distribución de los municipios en función del grado de afectación por las estaciones de esquí.

GRUPO I	GRUPO II
Aísa, Benasque, Biescas, Canfranc, Castillo de Jaca, Panticosa, Sahún, Sallent de Gállego y Villanúa.	Ansó, Aragüés, Bielsa, Bisaurri, Bonansa, Borau, Broto, Castejón de Sos, Chía, Fago, Fanlo, Gistaín, Hoz de Jaca, Jasa, Laspaúles, Laspuña, Montanuy, Plan, Puértolas, San Juan de Plan, Seira, Sesué, Tella-Sin, Torla, Valle de Hecho, Villanova, Yésero.

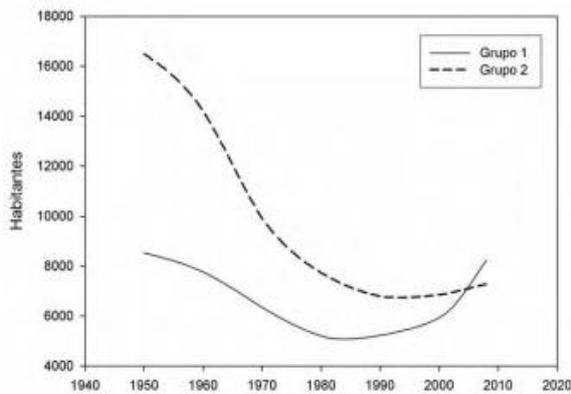


Figura 2. Evolución de la población (1950-2008).

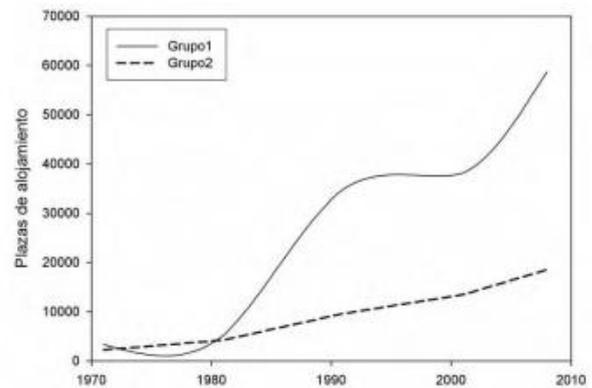


Figura 1. Evolución del alojamiento turístico (1971-2008).

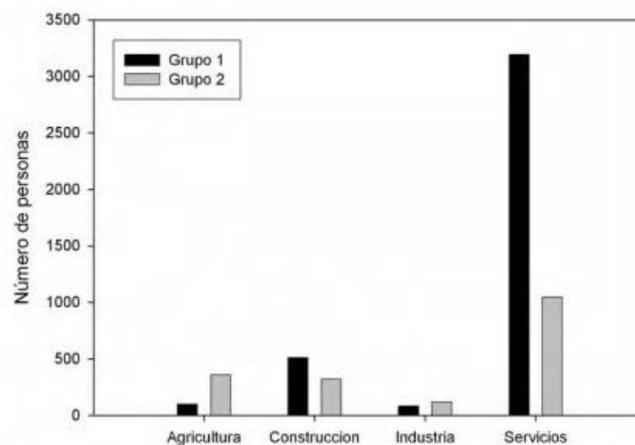


Figura 4. Distribución de la población activa en 2008.

